¡LA CONDESA ESTA TRISTE!...

Tragedia grotesca en tres actos, estrenada en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, el día 24 de enero de 1930

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MILA, Condesa de Nanclares (54 años)	María Bru.
GLORIA (24 años)	Carmen Larrabeiti.
DOÑA BERENGUELA (40 años)	Angelina Vilar.
PEPA, Marquesa de Santa Guzla (52 años)	Concepción Ruiz.
NELA (23 años)	Isabel Garcés.
FINA (22 años)	Mariana Larrabeiti.
SATUR, doncella (28 años)	Adela Santaularia.
INVITADA 1.ª	Julia Tejera.
IDEM 2.ª	Carmen Pradillo.
DON CIPRIANO (50 años)	José Isbert.
PACO GALLARDO (25 años)	Miguel Ligero.
QUIQUE, Marqués de Santa Guzla (56 años)	Alberto Romea.
ALFREDO MARTÍNEZ (25 años)	Carlos Díaz de Mendoza.
PAULITO, Duque de Benesa (60 años)	Pedro Valdivieso.
PADRE LUIS (35 años)	Luis Domínguez Luna.
MANOLO, Marqués de Torreones (45 años)	Pedro González.
UN FOTÓGRAFO	Faustino Cornejo.
UN PERIODISTA	Luis Domínguez Luna.
CRIADO (40 años)	Julio Peña.
POLLO 1.º	Faustino Cornejo.
POLLO 2.º	Luis Porredón.
UN MUCHACHO	N. N.

La acción, en Madrid. Epoca actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Gabinete-despacho, muy elegante, en el palacio de la Condesa de Nanclares. Puerta al foro. Un balcón a la derecha y dos puertas a la izquierda. Es de día.

ESCENA PRIMERA

MILA, DONCELLA, CRIADO y, luego, GLORIA. La Condesa está sentada en su «bureau». La habitación no tiene más luz que la delicada e imprecisa que dejan penetrar los visillos azules del balcón entornado. Parece meditar, en actitud melancólica, antes de escribir en un libro. En el «bureau», junto a ella, tiene un vaso de cristal labrado, en el que se desmaya la olvidada flor de la «Sonatina» de Rubén. Se levanta el telón. La Condesa está triste y medita. A poco se abre cautelosamente la puerta del foro, y por entre las cortinas elegantes asoma la cara fina y picaresca de una DONCELLITA irreprochable, y luego, la de un CRIADO de aristocrática librea.

DONCELLA.—¡La condesa está triste!...

CRIADO.—¡Qué tendrá la condesa!... *(Desaparecen lentamente. Cierran con mucho cuidado la puerta.)*

MILA.—*(Como respondiendo a sus propios pensamientos.)* Nada... *(Pausa.)* No se me ocurre nada que añadir al pensamiento que imaginé junto a él, ayer tarde, cuando al merendar me dió un bocadillo en el... (rubor me da recordarlo), en el bar Anita. Helo aquí. *(Lee.)* «El amor no tiene edad ni hora, y, como niño travieso, lo mismo juguetea en los bra-

zos de una adolescente que de una otoñal.» *(Seca lo escrito con un secante.)* ¡Ah Pancho, Pancho!... ¡Ayer, cuando le dije este pensamiento, apenas concebido, coronólo con un comentario tan halagüeño!... Me dijo, oprimiendo mi mano entre las suyas: «Mila, tú no eres una otoñal; tú eres una primaveral como una casa.» Lo de «como una casa» quitóle a la galantería su dejo romántico, pero no me importó... ¡Todo en él es tan ingenuo y espontáneo!... ¡Ah Pancho, Pancho! ¡Tú has traído a mi vida las horas más felices, las mañanas más dulces, las mediasnoches más tiernas! Y digo «mediasnoches» porque no estamos juntos más que hasta la una. *(Sigue leyendo.)* Tu amor me sabe a gloria, porque es tuyo y porque, además, lo perfuma el misterio. Nadie, absolutamente nadie lo conoce en Madrid. Solamente sabemos de él tú, yo, Dios y Saturnina, una doncella más discreta que una pared maestra, que, siendo maestra, parece no saber nada. ¡Sí..., este amor permanece ignorado de todos! Nadie advirtiólo, nadie descubriólo... Unicamente...» *(Llaman a la puerta.)* ¡Llaman!... ¿Quién será? ¡Qué extraño! *(Alto.)* ¿Quién?

GLORIA.—*(Fuera, secamente.)* Soy yo, mamá.

MILA.—¡Mi hija Gloria!... ¿Qué querrá?... ¡Las visitas de esta hija me producen siempre un sobresalto y un temor!... No hay día que no me regañe. Y, además, le ha dado por estudiar, y es ingeniero industrial... Y, la verdad, tener una hija ingeniero industrial es una cosa que sobrecoge.

GLORIA.—*(Desde fuera, impaciente.)* Pero ¿abres, mamá?

MILA.—*(Guarda el libro de memorias rápidamente y abre el balcón. Entra toda la luz.)* Voy, hija mía; voy, que es que... *(Abre.)* Pasa, hija mía; pasa, y perdona...

GLORIA.—*(Entrando y en tono seco y malhumorado.)* Buenas tardes, mamá.

MILA.—Buenas, hija mía. Pero ¿qué te ocurre para ese tono?

GLORIA.—Que vengo de casa de las de Pozo Blanco...

MILA.—*(Sonriendo.)* ¿Y qué te ha pasado allí?... Porque vienes como disgustada, nerviosa...

GLORIA.—*(Exaltándose por momentos.)* Nerviosa es poco, mamá. ¡Vengo muerta de vergüenza, crispada, frenética!

MILA.—¡Jesús, hija! ¡Me asustas!

GLORIA.—Porque ¿sabes lo que acaban de hacer las de Pozo Blanco?

MILA.—¿Cambiar de color?... Porque esas locas...

GLORIA.—Enterarme minuciosamente del ridículo tan espantoso que estás corriendo en Madrid, mamá!

MILA.—*(Temblorosa de la sorpresa.)* ¿Yo corriendo...?

GLORIA.—Y que nos estás haciendo correr a nosotras.

MILA.—Pero ¿qué dice esta hija?... ¡Que yo corro, que vosotras corréis!... Siéntate, hijita; siéntate y ten tranquilidad, que tú eres una exaltada.

GLORIA.—No lo soy, mamá.

MILA.—Pues no sé a qué ridículo puedas referirte.

GLORIA.—Tú lo sabes como lo sé yo y lo sabe todo Madrid.

MILA.—Pero ¿qué sabe todo Madrid?

GLORIA.—Que tienes relaciones con Pepe Gallardo, mamá.

MILA.—*(Alterada.)* ¡Jesús, qué infamia!

GLORIA.—Con un trasto de veinticinco años, que viene por tu fortuna.

MILA.—¡Dios mío! ¡Ay, qué calumnia! ¡Yo con Paco! Pero ¿quién me ha levantado ese falso testimonio?

GLORIA.—Todo el mundo. Pero no sé por qué te choca, porque tú no lo ocultas. Las mismas Pozo Blanco me han dicho, escandalizadas, que te vieron ayer tarde con él en el bar Anita.

MILA.—¡Falso!

GLORIA.—Que estabais merendando, y que tú, muy melosa, le diste medio bocadillo.

MILA.—¡Ay, qué infamia!... Eso es una calumnia que le levantan a tu madre. ¡Créeme, hija mía! Yo no le he dado medio bocadillo a nadie... Yo, de

dárselo, se lo hubiera dado entero. Ya sabes que yo, cuando muerdo...; digo..., ¡ay!..., que yo, cuando doy... ¡Ay, que no sé lo que me digo! ¡Ay, que me pongo muy mala!... ¡Qué infamia! ¡Qué calumnia!

GLORIA.—Y ya comprenderás, mamá, que prefiero darte este mal rato a consentir que la gente se burle cruelmente de ti y hasta te ponga motes.

MILA.—*(Alterada.)* ¿Motes a mí?

GLORIA.—A ti. Porque como vas diciendo por todas partes que es más guapo que Felipe el Hermoso, a ti te llama todo el mundo Doña Juana la Locatis.

MILA.—*(Desconsolada.)* ¡A mí locatis! ¡Yo locatis! ¡Ay, que dice locatis!

GLORIA.—Y yo no puedo, ¡no puedo ni quiero!, consentir que se rían de mi madre.

MILA.—*(Indignada.)* ¡De tu madre no tiene nadie por qué reírse!

GLORIA.—Pues, para que tengas menos, yo me encargo de que ese sinvergüenza no vuelva a poner más los pies en esta casa.

MILA.—*(Asustada.)* Eso no lo harás tú.

GLORIA.—Eso lo haré yo, porque es irremediable, mamá. Además, ¿no dices que no te importa?

MILA.—No, no me importa porque es mentira; pero quiere decirse que, en el supuesto de que fuera verdad, yo, una mujer viuda y libre, ¿no puedo hacer de mi corazón lo que me dé la gana?

GLORIA.—Mamá, a tus años ya no se puede hablar del corazón más que a los médicos...

MILA.—Pero ¡esta hija!... Pero ¿qué dices?... ¡A mis años! Pero ¿qué años tengo yo?

GLORIA.—No he podido averiguarlo, mamá; pero seguramente más de los que convienen a las ligerezas que te critica todo el mundo.

MILA.—¿Ligerezas?... ¿Yo ligerezas?... ¡Ay, esta hija atreverse a llamarle ligera a su madre!... ¡Yo ligera!... *(Sale a la puerta y llama.)* ¡Finita!... ¡Finita!... ¡Ven aquí hija mía, que tu hermana me está insultando!

GLORIA.—No, no te insulto. Estoy diciéndote la verdad.

ESCENA II

DICHAS y FINITA, por la segunda izquierda

FINITA.—*(Iracunda.)* Y tu, ¿por qué te metes con mamá?

GLORIA.—Porque tengo el deber.

MILA.—Pero ¿la has oído?

FINITA.—Sí, mamá; ¡lo he oído todo, y estoy asqueada!

MILA.—Me ha llamado ligera.

FINITA.—Que te lo haga bueno; pero ¡es inaguantable! Dale un bofetón y mándala a paseo.

MILA.—Eso merecía.

GLORIA.—Pues dámelo si quieres, porque cualquier cosa me hará menos daño que el que se rían de ti.

MILA.—Dice que se ríen de mí. Pero ¿tú oyes esto? *(Llora.)*

FINITA.—No llores, mamá; no hagas caso. Pero ¿es que mamá no puede hacer lo que le dé la gana?

GLORIA.—No; ni mamá ni tú, que la defiendes porque te sientes complicada en su ridículo.

FINITA.—*(Indignada.)* ¿Yo?

GLORIA.—¡Tú!... Porque mamá se está poniendo en evidencia con un joven de veinticinco años y tú con un viejo de cincuenta y cuatro, que no sé qué es peor.

FINITA.—A mucha honra.

GLORIA.—Eso quisiera yo.

FINITA.—Y con muchísimos millones, que ésa es la envidia tuya y de otras.

GLORIA.—Sí; millones que pone de cebo para engolosinar a muchas ilusas y comprometerlas luego con asiduidades malintencionadas; que ahí tienes a Anita Maillo, a Totó Paraleda y a Juanita Soto...

FINITA.—Esas han sido tontas.

GLORIA.—Y tú una loca si le miras a la cara.

MILA.—Gloria, mucho cuidado con insultar a tu hermana.

FINITA.—Déjala. ¡Yo qué le voy a hacer caso a esa necia pedante, que porque ha estudiado una carrera y ha salido en «Estampa» con un «mono» de mecánico en la máquina de un mixto se figura que es la dueña del mundo! *(Burlonamente.)* ¡La «señorita ingeniero», como la llaman!... ¡Ja, ja!

GLORIA.—Más vale que me llamen la «señorita ingeniero» que no lo que te llaman a ti.

MILA.—¿Qué le llaman a tu hermana?

GLORIA.—«El homenaje a la vejez».

MILA.—¡Jesús!

FINITA.—Pues más indigno es lo tuyo, que tienes relaciones con un tal Martínez, ¡el hijo de un ebanista!

GLORIA.—Un ingeniero industrial..., el número uno de la Escuela.

MILA.—Un hijo de un carpintero, al fin y al cabo. Y eso sí que es una vergüenza y un asco: ¡que tu apellido descienda hasta las virutas de un mísero taller!...

GLORIA.—¡Le llamáis mísero taller a la mejor fábrica de muebles artísticos de Europa!... Pero, nada, ¿qué importa esto?... No me sacaréis de quicio, digáis lo que digáis; y pase lo que pase, oídlo bien, pase lo que pase, estoy resuelta a que no se lleven dos granujas la fortuna de mi padre y el honor de mi casa.

MILA.—¡Jesús, santo Dios!... Pero ¿qué dice esa infame?

FINITA.—Mira, Gloria: vete de aquí y no nos insultes, porque soy capaz de romperte la cabeza.

GLORIA.—Las violencias tampoco me amedrentan.

FINITA.—¡Necia, ridícula, cursi!... ¡Vete de aquí!...

GLORIA.—¡No quiero!

FINITA.—¡Fuera..., so estúpida! *(Le tira un libro.)*

GLORIA.—¡Mamá, dile que se esté quieta!

MILA.—Y tú, ¿por qué nos ofendes, deslenguada?...

GLORIA.—Yo no os ofendo. Os digo la verdad crudamente, porque sois mi familia y os quiero, y no me da la gana consentir el desastre de mi casa.

FINITA.—¡Jesús!... ¡La redentora!... ¡Ja, ja!...

MILA.—Pero ¡qué desastre ni qué narices!... Que cualquiera que te oyese...

GLORIA.—¡Y no lo consentiré, cueste lo que cueste!...

FINITA.—Pero ¡mira que se pone cursi esta carpintera!...

GLORIA.—¡Cueste lo que cueste! ¡Ya lo veréis! *(Vase por la primera izquierda.)*

MILA.—¡Ay Dios mío, que nos amenaza! Pero ¿qué irá a hacer esa loca?...

FINITA.—Nada. ¿Qué va a hacer?... ¡No la hagas caso, mamá!

MILA.—Sí, sí, que tú no la conoces... ¡Ay Dios mío! Pero ¡si eso no es hija, si eso es un basilisco!... ¡Llamarme loca! ¡Decir que yo con un golfo!... ¡Qué calumnia!

FINITA.—No hagas caso. ¡Que tiene envidia!

MILA.—Sí, sí; pero, de todos modos, yo voy a que llamen a tu tío y que reúna el consejo de familia para que le den lo suyo y se la lleven de esta casa; si no, nos va a matar a disgustos.

FINITA.—Bueno; tú haz lo que convenga, pero con calma.

MILA.—No puedo, hija, no puedo...; tengo los nervios que... ¡Ay! *(Llamando.)* ¡Satur! ¡Satur!...

FINITA.—Que no te vean llorar, mamá.

MILA.—Es el rimmel, hija. *(Más fuerte.)* ¡Satur! .. Es el rimmel... ¡Satur! ¡Satur!...

ESCENA III

DICHAS y SATURNINA, doncella.

SATUR.—*(Apareciendo por el foro.)* Señora condesa...

MILA.—Telefonea inmediatamente al señor duque... ¡Que venga mi cuñado a escape, esté donde esté y como esté, que necesito hablarle de una cosa

urgentísima. Y, ¡por Dios, que me muero!..., traedme las sales.

SATUR.—*(Le da un pomo que coge de una mesita.)* Tome la señora condesa.

MILA.—*(Las huele, hace un gesto de disgusto y se las devuelve.)* ¡No, por Dios! Las inglesas. Estas de Barcelona tienen un olor muy cursi. Me marean más. Y es que tengo los nervios que... ¡Ay..., ¡Ay!... *(Convulsiones.)*

FINITA.—Bueno, Satur, busque usted las sales a mamá. Y si le da el ataque, llame usted a cualquiera que la sostenga. Yo no puedo, que está ahí la masajista. Mientras, yo telefonearé a tío Paulino.

MILA.—Sí, hija... Y telefonea también a tía Pepa Santa Guzla que venga en seguida, y que si tiene al marido a mano, que se lo traiga... ¡Ah! Dile que no venga con el perro, que no nos deja hablar.

FINITA.—Bien, mamá...

MILA.—¡Ah! Telefonea después a la residencia de la calle de la Flor que venga el padre Luis. Quiero consultarle si echo a tu hermana de casa o no la echo. Si me dice que sí, la echo; y si me dice que no, la echo también.

FINITA.—Entonces, ¿para qué quieres consultarle?

MILA.—Porque si me dice que sí, me quito yo ese remordimiento de encima. Anda, que vengan pronto todos a escape, a escape..., que me temo una locura de esa chiquilla... Anda pronto, hija; anda...

FINITA.—Pero ¡cálmate, mamá! *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA IV

MILA y SATUR.

MILA.—¡Ay Satur de mi alma! ¿Has visto esa señorita qué disgusto?

SATUR.—¡Ya, ya!... ¡Yo no sé como la señora condesa tiene esa paciencia!

MILA.—¡Decirle a su madre que la han visto con un golfo!

SATUR.—*(Con la mayor naturalidad.)* ¿Y cómo les habrán visto a ustedes?

MILA.—*(En tono confidencial.)* Porque no quiere esconderse, hija. ¡Ya se lo dije yo!... «¡Que nos van a ver, Paco! ¡Que nos van a ver, Paco!...» Y ¡mira!...

SATUR.—Ya sabe la señora condesa que se lo tengo dicho cientos de veces: que ir al bar Anita es como ir a la Castellana.

MILA.—Bueno; y ¡tengo una inquietud!... Porque esa señorita es capaz de todo, y me temo que le escriba una carta al señorito Paco diciéndole que no vuelva a poner los pies en esta casa... De modo que, mira, Satur: no perdamos tiempo, hija. Bájate al teléfono de la tienda..., por el de casa no, no sea que te oigan..., y le dices de mi parte que venga, que venga a escape, ¿entiendes? Es el siete-siete-ocho-nueve-dos.

SATUR.—Descuide la señora condesa.

MILA.—Le esperas tú; que no llame, y cuando llegue, con sigilo, me avisas y... ¿entiendes? Siete-siete-ocho-nueve-dos.

SATUR.—No se me olvida.

MILA.—Nueve-dos... ¿Hablan ahí fuera?

SATUR.—*(Atiende.)* Sí; parece la voz de la señora marquesa.

MILA.—Sí, es Pepa... Pero ¡cómo tan pronto, si no habrán tenido tiempo de avisarla! ¡Ay!, pero que pase... Ella es mi confidenta. A ver qué me aconseja. Es muy lagarta. Dios me la envía. Que pase; dile que pase.

SATUR.—*(Alto, desde la puerta.)* Señora marquesa...

MILA.—Pasa, Pepa, hija, pasa.

ESCENA V

MILA y PEPA, por el foro. Después, SATUR.

PEPA.—*(Entrando.)* ¡Buenos días, Milita!... ¡Ay hija, qué cara tienes!... Pero ¿qué te ocurre?

MILA.—¿Te dieron mi aviso?

PEPA.—No. ¿Qué aviso?

MILA.—Pues te he mandado llamar.

PEPA.—No sabía nada. He venido espontáneamente, porque quería pedirte un gran favor.

MILA.—Tú dirás.

PEPA.—Pues que voy a regañar con mi cuñada, ¿sabes?... No quiero que sepan en casa el motivo, y quería que nos dejases un gabinete para pelearnos.

MILA.—¡Ay, pues no podemos, hija, porque necesitamos toda la casa para pelearnos nosotras! ¡Tú no sabes el disgusto que tenemos!

PEPA.—Pues ¿qué os sucede?

MILA.—Mira: dale el perro a ésta, que se lo lleve, que es una cosa gravísima y no quiero que ladre.

PEPA.—Bueno; llévatelo. Si bosteza, dadle un bizcocho con jerez, ¿oyes, Satur? ¡Ah! Y di que si muerde a alguien, que no le peguen, que es inconsciente. *(Le da el perro.)*

SATUR.—Descuide la señora marquesa. ¿Por dónde se coge?

PEPA.—Esta es la cabeza, hija. *(Satur se lo lleva por el foro. Pepa se sienta.)* Pues tú dirás qué te sucede. ¡Tienes unos ojos...!

MILA.—Nada, Pepa; esa Gloria que me va a quitar la vida.

PEPA.—A mí esa criatura siempre me ha parecido una trastornada. ¡Ya la vimos el otro día en un periódico vestida de fogonero!

MILA.—Sí, hija; como que se me ha hecho ingeniero industrial.

PEPA.—¡Qué horror! ¿De ésos que componen máquinas?

MILA.—Que las componen relativamente, porque a mí, desde que es ingeniero, ya me ha roto cinco: dos de escribir, la de quitar el polvo, la fresquera eléctrica y qué sé yo... Y si vieras el disgusto que me ha dado hoy..., ¡espantoso!... ¡Me ha puesto como un trapo, Pepa! *(Llora.)*

PEPA.—Pero ¿por qué?

MILA.—Porque dice, nada menos, que yo..., yo, figúrate, ¡que yo tengo relaciones con Pepe Gallardo!

PEPA.—*(Mira a un lado y otro y, al dirigirse a Mila, sonríe picarescamente.)* ¿Y es mentira?

MILA.—¡Una infamia, Pepa; una verdadera infamia, porque yo...!

PEPA.—¡Vamos, calla, tonta!... No lo niegues, que estamos solas. Si les has puesto los dientes largos a todas las de tu promoción y andan por ahí con una pelusa...

MILA.—Sí; pero es falso, Pepa; te juro que es falso. ¿Tú me crees a mí capaz...?

PEPA.—Yo, sí; perdona la franqueza, chica. Ahora, que comprendo que lo ocultes, porque como Paco tiene esa reputación...

MILA.—Injusta, Pepa, injusta a todas luces, porque el pobre chico...

PEPA.—Oye: y si no te interesa, ¿por qué le defiendes?

MILA.—Porque las cosas deben de ser como sean; pero yo con ese muchacho...

PEPA.—Pero ¡si sé desde cuándo le quieres! Fué un Carnaval. Lo noté antes que él. Ya me conoces.

MILA.—Que te digo que no, Pepa. A ti te lo diría.

PEPA.—¡Vamos, no lo niegues, que esa falta de confianza me ofende!

MILA.—*(Cediendo con rubor.)* Pepa...; pero si es que...

PEPA.—Estás loca por él. Confiésamelo.

MILA.—*(Exaltada.)* Pues bien, Pepa: sí, sí. Le quiero, ¡le quiero con toda mi alma!... ¡Para qué voy a ocultártelo por más tiempo! *(Llora.)*

PEPA.—Pero ¡no llores!

MILA.—Ahora que, ¡por Dios!, de esto, ni una palabra a nadie.

PEPA.—Bueno; pero el secreto recomiéndalo en una circular impresa, porque lo sabe todo Madrid.

MILA.—Pero ¿es posible?

PEPA.—Saben dónde os veis; saben dónde no os veis, porque vais a oscuras, de noche y con los faros apagados.

MILA.—¿También?

PEPA.—Como que desde el Casino quieren mandarte un plano de carreteras poco concurridas.

MILA.—¡Qué infames!

PEPA.—Y llevan la cuenta hasta del dinero que le das.

MILA.—¡Eso sí que es una canallada! ¿Quién ha dicho que le doy dinero?

PEPA.—El sastre, que dice que por fin ha podido cobrar, después de diecisiete años. Creo que le ha dado un banquete en los Viveros la Sociedad Cooperativa de Cuentas Incobrables.

MILA.—¡Dios mío, cuánta miseria!

PEPA.—¡Y cuánto traje! Porque aseguran que la cuenta te ha importado cuarenta y ocho mil pesetas.

MILA. — ¡Bueno; que digan lo que quieran!... ¡Nada me importa! ¡Sí, Pepa, sí; estoy loca, loca por él! Porque te voy a decir la verdad, toda la verdad de mi vida, Pepa... Paco..., ¡Paco es mi primer amor!

PEPA.—Pero Mila, ¿qué dices? ¿Olvidas que has estado casada dos veces?

MILA.—¡Porque no lo olvido te digo que es mi primer amor!... Repasa mi vida, Pepa; recuerda a Antonio, mi primer marido. ¿Era marido aquello? Un hombre ordinario, horriblemente grueso, con ciento treinta y cinco kilos.

PEPA.—Como que le llamaban «el gordo de los quince millones».

MILA.—Papá se arruinó. La casa de Banca se tambaleaba. Había que levantarla en peso, ¡y me echaron a mí aquel peso encima!

PEPA.—Sí, tuviste desgracia, porque, además, era un hombre feísimo.

MILA.—¡Como que tenía feos hasta los amigos! ¿Pues y mi segundo matrimonio, Alfonso? Ya le conociste. ¿Era marido aquello?... Un hombre huraño, misántropo, solitario...

PEPA.—Como que os casasteis y se fué a pasar la luna de miel ¡él solo!

MILA.—¡Que tenía nueve millones y hacían falta en casa!... Pero ¡por lo demás!... ¡Un hombre que no te daba un beso sin desinfectarte!... ¿Era marido aquello?...

PEPA.—Aquello era un frasco de perborato.

MILA.—Pues ahora comprenderás, Pepa, por qué he encontrado la felicidad en Paco: porque Paco es alegría, es juventud, es pasión... Y con él me he de casar, opóngase quien se oponga. ¿Qué pueden decir?... ¿La diferencia de años?... El corazón no tiene años. Cuando se ama es porque se puede amar. ¿Que dicen que busca mi dinero?... ¡Mentira! Ni lo busca ni lo quiere. Soy yo, ¡yo!, que he sabido apoderarme de su alma, su única ilusión, su único ideal.

PEPA.—¡Ay chica, me rejuvenece tu entusiasmo!

MILA.—Entonces, ya que puedes juzgar con conocimiento de causa, ¿qué me aconsejas?

PEPA.—¡Que haces bien! Ya que no te dejaron elegir un hombre cuando debiste elegirlo, elige ahora que puedes; y donde creas que está tu felicidad, ve por ella. Y para quedar bien con la gente, reúne el consejo de familia, y puesto que esa chiquilla que te hace la guerra es mayor de edad, que le den lo suyo, que la depositen donde quieran, que se case con el ebanista ese cuando le dé la gana y que os deje en paz.

MILA.—Tienes razón, Pepa. De acuerdo. ¡Somos idénticas! ¡Idénticas! *(Se besan.)*

ESCENA VI

DICHAS y FINITA.

FINITA. — *(Entrando por la primera izquierda.)* ¡Hola, tía Pepa!

PEPA.—¡Hiijta! *(Se besan.)* Me estaba contando tu madre...

FINITA.—¿Te ha dicho...?

PEPA.—Calla, cielo; creo que mademoiselle Serrín os ha dado un disgusto...

FINITA.—Una fiera. Me ha tirado un libro a la cabeza. Si no me agacho... Y empeñada en que Paco no vuelva a poner más los pies en casa y en que yo rompa con Manolo. Dice que es un viejo verde.

MILA.—A ella lo que le altera es que su hermana sea reflexiva y prefiera un hombre hecho a un chicuelo pedante.

PEPA.—Un hombre hecho, con dieciséis millones más hechos todavia.

FINITA.—¡Envidia!... Por eso no la hago caso.

MILA.—¡Figúrate: menuda suerte!... Una chica de veintidós años, con treinta menos que el marido, una fortuna enorme y toda una juventud por delante... ¡Las cosas que pueden pasar!...

PEPA.—Con una que pase, ¡en la gloria!... Y lo de la gloria *(Riendo.)* lo digo sin malicia, no vayáis a creeros...

MILA.—*(Riendo.)* ¡Jesús, qué Pepa esta!

PEPA.—En fin, hija: que los hijos no sabéis lo que costáis... ¡Yo soy otra víctima! Ahí tenéis a Nelita. No puedo con ella. Es de una libertad y una independencia..., ¡peor que tu hermana! Cuidado que se lo digo todos los días: «Mira, hija: que nos estás poniendo en ridículo.» Pues no me hace caso. ¡Ya hace quince días que no sé dónde está!

MILA.—Pero ¿cómo?

PEPA.—Nada: que se marchó a pasar una temporada a la finca de los Pradoviejos. Voy a los seis días a buscarla y me dijeron: «Pero ¡si hace tres que se ha ido!» «¿Adónde?» «A tu casa.»

FINITA.—¿Y cómo no llegó?

PEPA.—Porque luego averigüé, hija, que se había encontrado en el camino a los Torrenuevas, que se iban a Extremadura, y en Extremadura la tienes en una montería.

SATUR.—*(Anunciando.)* Señora marquesa..., la señorita Nela.

PEPA.—¡Nela!

MILA.—Oye: pues no la tienes en Extremadura.

ESCENA VII

DICHAS y NELA, por el foro.

NELA.—*(Es una jovenzuela elegantísima. Viene con un perrito debajo del brazo.)* Tita... *(La besa.)* ¡Hola, Fini...! ¡Adiós, madre!

PEPA.—Pero ¿de dónde sales, hija mía?

NELA.—Llegamos anoche, mamá. Ya te contaré. Una odisea.

PEPA.—Pero ¿dónde estás?

NELA.—En casa.

PEPA.—Si entré anoche a darte un beso a las once...

NELA.—Es que llegamos a la una. Ya te contaré. Una odisea.

PEPA.—¡Ahí tienes: en casa, y yo buscándola! Bueno; estas odiseas se tienen que acabar, hija mía, porque me vais a quitar la vida entre todos. Verás tu padre cuando lo sepa.

MILA.—¡Ah! Pero ¿no lo sabe?

PEPA.—No. ¿No ves que Quique está hace dos semanas en Jerez, con los Villaparda, corriendo liebres?

FINITA.—¡Ah! Pero ¿aún corre liebres?

PEPA.—No; las liebres corren solas. El las azuza nada más. Ya conoces a tu tío. Pero, en fin, hija, el caso es que está en Andalucía y que no sabemos...

SATUR.—*(Anunciando.)* Señora marquesa, el señor marqués.

PEPA.—¡El señor marqués!

MILA.—*(Riendo.)* Oye: pues no está en Andalucía.

FINITA.—*(Riendo también.)* Vaya, tía, que no das una.

ESCENA VIII

DICHAS y el MARQUÉS DE SANTA GUZLA, por el foro.

MARQUÉS.—Felices, Mila... Niña, niñita... *(A su mujer.)* Dios te guarde.

PEPA.—Pero ¿de dónde sales, hijo?

MARQUÉS.—¡De dónde sales, hijo; de dónde sales, hijo! ¿De dónde voy a salir?... De casa.

PEPA.—¿Desde cuándo?

MARQUÉS.—¿Desde cuándo?... ¿Desde cuándo?... ¡Desde anteayer!

PEPA.—Pero ¡si entré anoche a buscarte a las...!

MARQUÉS.—Anoche..., anoche... Pues estaría en el cuarto de la..., de la... planta baja. Como sabes que ese hotel nuestro es tan caluroso y tan...

PEPA.—Pero ¿por qué no me avisas cuando llegas, hijo?

MARQUÉS.—¡Por qué no me avisas, por qué no me avisas! Pero ¿cómo te voy a avisar, si me dijo la miss que hacía quince días que estabas de retiro en las Esclavas?

PEPA.—¡Ay, sí, hijo, es verdad!... ¡Qué cabeza tengo!... Pero podías haber telefoneado.

MARQUÉS.—Sí; pero es que cuando tú estás de retiro en las Esclavas no se te encuentra en ninguna parte, y menos en las Esclavas.

PEPA.—Nada, que me voy por no verme sola..., porque, hija, lo que pasa en casa es una vergüenza... Ya sabes que damos comida los lunes.

Bueno; pues baste decirte que el último lunes ¡comieron solos los invitados! Los Riojas, Andresito Luengo, los Cavaleris, missis Serman... No estaba nadie más que Quinito.

MARQUÉS.—¿Quinito?... ¡Dios mío!... ¡Se irían a cuerpo!

PEPA.—Creo que sí.

MARQUÉS.—¡Qué horror!... ¡Ah, estos hijos!... Porque ya sabréis lo que nos ocurre con Quinito.

MILA.—Sí; algo nos han dicho.

MARQUÉS.—Pues nada, ya veis: esa criatura criársenos toda la vida tan bueno, y de repente darle esa enfermedad tan terrible que le ha dado...

FINITA.—Pero, en realidad, ¿qué es lo que padece?

MARQUÉS.—Pues nada, hija: una cosa nerviosa, que no recuerdo cómo se llama, que le da por llevarse todos los gabanes de los percheros.

MILA.—¿Es cleptómano?

MARQUÉS.—Debe ser más bien empeñómano, porque casi todos los matricula en casa de Veguillas. ¡Figuraos la vergüenza! Como que estoy decidido a meterlo en un sanatorio.

FINITA.—No deja una manta.

MARQUÉS.—Luego me ha dicho que vendrá a veros.

MILA.—*(Aparte.)* ¡Caramba! *(Alto.)* Oye: pues dile que no sabes si estaremos.

MARQUÉS.—No, si recibiéndolo a cuerpo no hay peligro. ¡Y de mi otro hijo, Gonzalito, no te digo! ¡Otra desdicha!

PEPA.—¡Era nuestro benjamín! ¡Un hijo que nos mirábamos en él! Acaba su carrera, le damos el título de conde, proyectamos su boda con Chitina Bordón...

MILA.—¡Una boda convenientísima!...

MARQUÉS.—Y como el chico es así, finito y delicadito, han empezado a gastarle bromas con el título, Chitina se ha amoscado, desistió de la boda, y el escándalo...

PEPA.—¡Todo por el suelo!

MILA.—Sí..., verdaderamente, ¡los hijos! Pero, en fin, vamos a lo mío, que es lo grave. No sabes, que-

rido Quique, cuánto le agradezco a la Providencia que haya encaminado hacia aquí tus pasos.

PEPA.—Pocas veces llegas con tanta oportunidad.

MARQUÉS.—Pues...

PEPA.—Porque aquí tienen un disgusto horrible.

MARQUÉS.—¡Caray, y le llamas oportunidad! *(Se levanta.)*

MILA.—¿No habías notado el disgusto?

MARQUÉS.—No...; pero, en fin..., yo me marcho. Vosotras os disgustáis, y éstas ya me contarán en casa..., el día que nos reunamos, lo ocurrido.

MILA.—No, hijo; si es una cosa urgentísima... Glorita, que me ha dado un disgusto horrible, y quiero reunir el consejo de familia, y como tú eres el subtutor...

MARQUÉS.—Subtutor, subtutor... Bueno, bueno... *(Aparte.)* Si lo sé, no vengo.

ESCENA IX

DICHOS y SATUR; luego, el PADRE LUIS, sacerdote, por el foro.

SATUR.—Señora condesa, el padre Luis.

MILA.—¡Ay Luisito! Pasa, pasa.

PADRE.—Adiós, Mila. *(Le da la mano.)*

MARQUÉS.—¡Hola, padrecito!

PADRE.—¡Querido marqués!... ¿Cómo estás, Pepa?

PEPA.—Pues ya ves, padre: ¡rabiando con los hijos!

PADRE.—Niñas...

FINITA.—¡Hola, tío Luis!

MILA.—¡Padre!

PADRE.—Bueno, ¿qué pasa en esta santa casa, que me llamaron con tanta urgencia?

MILA.—Nada, hijo, padre, que estoy disgustadísima.

PADRE.—¿Pues?... ¿Y para qué me queréis?

MILA.—Pues nada, hijo; que Glorita me ha dado un disgusto horrible... Voy a reunir el consejo de

familia y no quería que faltaras tú. Es una cosa muy seria. Conque vamos ahí, al salón de juego, y te lo contaremos todo.

PADRE.—Vamos allá...

MARQUÉS.—Si no os hago falta...

PEPA.—Sí, hombre, sí. ¿No has oído que es una cosa muy seria?

MARQUÉS.—Por eso que lo he oído creo que no soy indispensable.

MILA.—Ahora vendrá Paulito, que es el tutor, y entre todos...

ESCENA X

NELA y FINITA.

NELA.—Mira, nosotras vámonos a tu cuarto, Fini, que yo no estoy para disgustos.

FINITA.—¡Pues si vieras el que nos ha dado esa burra!

NELA.—¡Ay chica, será algo rara; pero tienes una hermana qué me encanta! Es de una independencia salvaje. Creo que tiene relaciones con un ebanista. ¡Qué original! El otro día la vimos en «Estampa» con un «mono». ¿Iba vestida de lavacoches o de fontanero? Porque estuvimos discutiéndolo.

FINITA.—¡De mecánico, mujer! Como es ingeniero industrial...

NELA.—¡Ay, pues estaba monísima con pantalones!... ¡Cómo me hubiese gustado retratarme así!... ¡Como una está llenita!... ¿Es muy larga esa carrera?

FINITA.—Para un retrato no vale la pena.

NELA.—¡Si fuera cosa de quince días!... Yo, hija, por distraerme, porque si vieras!... ¡Soy más desgraciada, hija!... ¿Se me nota que he llorao?

FINITA.—Pues ¿qué te pasa?

NELA.—Dos cosas brutales: que he regañao con ése.

FINITA.—¡Jesús!

NELA.—¡Después de mes y medio!... ¡Figúrate! ¡Ten constancia! Ya ves de qué te sirve. Y a este infeliz, que me lo han operado de apendicitis. *(Por el perro.)* ¡Todo se me reúne!...

FINITA.—¿Y ha quedado bien?

NELA.—Estupendo. Ya comía en la mesa; pero la otra tarde, en Bakanik, fué Javierito Villuegas, que es un malasombra, y me le dió «whisky», y fíjate: se ha quedado que parece que tiene la parálisis infantil. Te digo que no gana una para penas. ¿Tienes tabaco? Yo no llevo, porque me han prohibido el tabaco y el alcohol... ¿Seré desgraciada?

FINITA.—Bebías demasiados «cock-tails».

NELA.—¡Pero hija, si es lo único que me hace olvidar!...

FINITA.—Pero olvidar ¿qué?... ¡Si tú nunca te has acordado de nada!

NELA.—Sí, eso os creéis; pero soy una sentimental.

FINITA.—Bueno, y lo de tu regaño con ése, ¿por qué ha sido?

NELA.—Pues nada, hija; que desde este verano, que nos acompañó a Ostende, que está mosca, porque bailé dos días con Alvarito Peñalea. Y ya no quiso seguir con nosotras. Nos dejó ir solas a Mentón. ¿Conoces Mentón?

FINITA.—No conozco Mentón.

NELA.—¡Chica, qué hoteles! ¡Bárbaros!... ¡Van más americanos!... Unos tíos así de altos, con unas espaldas así de anchas. Y casi todos fuman en pipa. ¡Pero más tontos!... Por más que les gustes no te dicen nada ni a la de tres. ¡Ay, chica, pero estoy hablando y tengo una pena!... ¿Se me nota que he llorao? *(Se limpia los ojos con el pañuelo.)*

FINITA.—*(Que lo ha percibido.)* Oye: ¿qué perfume llevas?

NELA.—El de moda. *(Se lo pone en las narices.)* «Mefié des ami»... Desconfía de las amigas.

FINITA.—¡Es delicioso!

NELA.—Delicioso y previsor. Te tiene siempre alerta. «Mefié des ami». Oye, tú: ¿se me nota que he llorao? *(Se van segunda izquierda.)*

ESCENA XI

El DUQUE y SATUR, por el foro.

SATUR.—Pase el señor duque.

DUQUE.—Bueno, hijita, vengo alarmadísimo. ¿Qué pasa en esta casa para que me llamen con tanto agobio?

SATUR.—Lo de siempre. Ya sabe el señor duque. La señorita Gloria, que no deja vivir a su mamá. ¡Y hoy han tenido una!...

DUQUE.—¡Jesús, estas mujeres!... ¡Me dan cada disgusto!... ¡Si uno se los tomara!... ¡Oh!...

SATUR.—¡Ja, ja!

DUQUE.—*(Con sonrisa picaresca.)* Y tú, ¡cómo estás!...

SATUR.—Bien; ¿y el señor duque?

DUQUE.—No, si no es que interrogo, es que admiro. ¡Digo que tú cómo estás!... ¡Cómo estás de guapa!

SATUR.—¡Por Dios, señor duque!... *(Ríe complacida.)*

DUQUE.—Y qué, hijita, qué, ¿cuándo te nos casas?

SATUR.—Aún me falta bastante.

DUQUE.—¿Cuánto? ¿Cuánto?

SATUR.—Dos mil pesetas.

DUQUE.—*(Con cierta escama.)* ¡Caramba!...

SATUR.—Me ha dicho Nemesio que en cuanto las reunamos ya podrá comprar el «taxi» y que se echará al punto.

DUQUE.—¡Ah, muy bien! Pues en cuanto veas a tu marido en su punto, me avisas.

SATUR.—*(Riendo.)* ¡Ja, ja!... ¡Qué salidas tiene el señor duque!...

DUQUE.—*(Con cierta modestia.)* No... *(Con malicia y muy confidencial.)* Y a propósito de salidas, ¿sales el domingo?

SATUR.—Bueno, bueno; ¿le anuncio?

DUQUE.—Aguarda, que no me corren prisa los disgustos. ¿Sales el domingo?

ESCENA XII

DICHOS y GLORIA, por el foro.

GLORIA.—¡Tío Paulito!...

DUQUE.—*(Azorado.)* ¡Hola, Glo... Glorita, hija!... Me ha llamado tu hermana urgentemente por teléfono. ¡Creo que habéis tenido una agarrada!

GLORIA.—¡Terrible!

DUQUE.—¡He venido con una impaciencia!... Eso le estaba diciendo a esta criatura, que os avisara a escape. *(A una seña de Gloria, Satur se retira.)* Ya sabéis cuánto me interesa todo lo que os concierne y os... Bueno, hijita mía, ¿y de qué se trata, concretamente? Veamos, veamos. *(Se sientan.)*

GLORIA.—Pues nada, tío Paulito: que lo que yo sospechaba es cierto, por desgracia.

DUQUE.—¿De modo que confirmaste...?

GLORIA.—Que mamá ha perdido la cabeza por ese golfo.

DUQUE.—*(Como no entendiendo bien.)* ¿Tu madre, la cabeza?... Bueno, tú le llamarás cabeza a eso que se ondula... ¡Porque en tu madre otra cosa...! ¡Jesús, Jesús!

GLORIA.—Y claro, mamá es la actualidad grotesca de Madrid. Se burlan de ella. Le han puesto motes. Figúrate mi vergüenza y mi indignación. Y lo peor será el resultado de todo esto; porque ese granuja, que la ha enloquecido, la exhibe y la compromete para que no tenga más remedio que casarse con él y así poder entrar a saco en su fortuna. ¿Lo comprendes?

DUQUE.—¿Dices a saco? ¡Lamentable, lamentable!...

GLORIA.—Yo le he puesto a mamá de relieve todo esto, se lo he pintado al desnudo. ¡Pero ha sido peor!

DUQUE.—¡Naturalmente!... Cuando la gente se

enamora, no le pintes nada, y menos al desnudo... Peligrosísimo..., peligrosísimo...

GLORIA.—¡Pero es que en esto de mamá hay que tomar una resolución heroica!

DUQUE.—¡Tampoco, tampoco!... ¡Nada de heroísmos! Al contrario, hijita... Suavizar, transigir. En esas locuras del deseo o del capricho, todo lo que detiene, excita. La ilusión es un humillo azul que nos oculta el poste de la realidad. Deja a tu madre que corra hacia la ilusión, que verás cómo se deja las narices en el poste.

GLORIA.—Sí, tito; pero esa pasividad no es un remedio ahora, porque los peligros que nos amenazan son próximos e inminentes.

DUQUE.—¿Dices peligros, así, en plural?...

GLORIA.—En plural; porque no es sólo lo de mamá: hay otra cosa quizá más grave.

DUQUE.—¿Otra?

GLORIA.—Sí. Manolo Torreones, ese tenorio teñido y maltrecho, aconsejado por Paco, ha puesto a mi hermana, a quien cree, por su frivolidad, presa segura, el cebo de sus millones, y me temo que haga con ella lo que ha hecho con tantas otras: por lo menos, comprometerla; llegar hasta la pulsera de pedida, que él, haciéndo un retruécano indigno, le llama de «des pedida»; ver astutamente si, mientras, puede sacar algo...; y si no, luego, con un pretexto cualquiera, pone tierra por medio, y se marcha a Italia a comprar antigüedades.

DUQUE.—Todas más recientes que él.

GLORIA.—Pues bien: como yo me opongo resueltamente a todo esto, mamá y Finita quieren echarme de casa, y te han llamado para que presidas el consejo de familia, que han reunido, y yo quiero advertirte que tengáis tiento en lo que resolvéis, porque estoy decidida a todo antes que consentir...

DUQUE.—Pero, hijita, no comprendes que oponerte tú, una criatura sola...

GLORIA.—No estoy tan sola como supones...

DUQUE.—Sí, ya sé que un muchacho modesto...

GLORIA.—Un hombre inteligente y bueno, un com-

pañero de carrera, que será mi marido, conoce mis propósitos y los aprueba.

DUQUE.—Sin embargo, yo creo...

GLORIA.—Y perdóname, pero también quería hablarte de eso.

DUQUE.—Tú dirás.

GLORIA.—Le conté por teléfono a Alfredo, se llama Alfredo...

DUQUE.—Un patronímico elegantísimo.

GLORIA.—... lo que ha ocurrido antes, y acaba de llegar.

DUQUE.—¡Atiza!

GLORIA.—Está en el despacho, decidido a hablar con mamá.

DUQUE.—¿No le importa perder un ojo?

GLORIA.—Con mamá no quiero que hable, porque sería un escándalo inútil. Conque ayúdame a convencerle para que me deje a mí proceder sola por ahora.

DUQUE.—Es lo conveniente, desde luego.

GLORIA.—Voy por él. *(Mutis por el foro.)*

DUQUE.—Bueno; esto es zambullirle a uno en un mar de preocupaciones. ¡Qué necesidad tenía yo de...! ¡Ah, qué casas estas!... ¡Si no fuera por la abundancia de doncellas no podrían frecuentarse!

ESCENA XIII

El DUQUE, GLORIA y ALFREDO.

ALFREDO.—*(Saludando por la puerta del foro.)* Señor duque...

GLORIA.—Tito..., Alfredo Martínez, compañero de carrera, de quien acabo de hablarte.

DUQUE.—Con una justicia que salta la vista. ¡Simpático muchacho! *(Se saludan efusivamente.)*

ALFREDO.—Gracias, señor duque...

DUQUE.—Y ahora, ilustre ingeniero, querido amigo, futuro y valeroso sobrino..., yo me permito acon-

sejar a usted una visitita corta. El estado de ánimo de mi cuñada no es para reflexiones juiciosas. Mi cuñada es una niña, y no hay niñas más irreflexivas que las de cincuenta y cuatro años.

ALFREDO.—Sin embargo, yo he de verla.

GLORIA.—Sí, pero no ahora; ya te lo he dicho.

DUQUE.—Tiene razón mi sobrina.

GLORIA.—¡Tú no sabes cómo se ha puesto conmigo!

ALFREDO.—¿Se han roto las hostilidades, por lo visto?

DUQUE.—Se han roto las hostilidades, y no se han roto dos o tres cosas más por un verdadero milagro. Usted no sabe lo que es mi cuñada en pleno ataque nervioso.

ALFREDO.—Bien. Pero, abandonando el tono humorístico, debo decir a usted, duque, que Gloria tiene un propósito: salvar su casa y el honor y la fortuna de los suyos de la rapacidad de dos canallas, y en ese propósito yo no la abandono.

DUQUE.—Es una noble actitud; pero yo aconsejo a usted, sin embargo...

ALFREDO.—Esos bellacos, señor duque, creen esta casa sin defensa, y, amparados en esa supuesta impunidad, tratan de asaltarla; pues bien; se encontrarán con un hombre.

DUQUE.—Con uno y medio. Hágame usted esa pequeña concesión.

ALFREDO.—Desde luego.

DUQUE.—Ahora, queridos míos, que debo advertiros lealmente que ir contra la voluntad o el capricho de dos mujeres lo considero tan inútil como temerario y peligroso.

GLORIA.—¿Y vamos a detenernos por eso?... Mira, tío Paulito: yo soy una aristócrata. Es mi honor, y porque lo soy, quiero tener el sentido de la dignidad tan vivo y tan despierto como lo tienen todas las clases sociales. Vas a la casa de un obrero, y en una pobre salita ves el retrato de una anciana; y cuando a aquel hombre humilde le tienta una indignidad, dice: «Yo no mancho las canas de esa vieja.» Entras en el gabinete de un piso de la clase

media, y ves en un cuadro al óleo la efigie severa de un coronel; y cuando en la familia alguien vacila en su decoro, los demás le señalan el cuadro, diciéndole: «Acuérdate de la caballerosidad de ese hombre.» Pues ¿por qué nosotros hemos de ser menos, y a título de frivolidad elegante hemos de transigir con tanta perversión moral, con tanta libertad peligrosa, con tanta costumbre absurda, aprovechada por villanos y merodeadores?... ¡No, yo no! Yo soy una pobre muchacha, pero no las tolero ni dejo caer al suelo ese blasón, que representa el honor y la gloria de mi casa, para que lo pisoteen dos granujas.

DUQUE.—¡Muy bien, hija mía, muy bien! Tus exaltaciones románticas me conmueven; pero vosotros sois jóvenes y olvidáis que vivir es transigir.

ALFREDO.—No, perdone usted, duque; vivir es luchar, conseguir propósitos nobles, purificar los ambientes para que podamos respirarlos mejor nosotros y los que nos rodean.

DUQUE.—Sin embargo, en nuestro mundo esos propósitos de moralizar son un poco cursis.

ALFREDO.—Ya lo sé; pero no importa. Hay que afrontar lo cursi cuando en lo cursi está lo mejor.

DUQUE.—En fin, no puedo convenceros. Tenéis sentido común. No es culpa mía, y por lo que respecta a ti, ¡es una lástima!... Tener sentido común... ¡una chica tan mona! ¡Con el papel que hubieses podido hacer en sociedad! En fin...

ALFREDO.—¡Un momento!... Aguarden ustedes. Parece que se acerca alguien...

GLORIA.—Sí; es mamá, que viene hacia aquí.

DUQUE.—¡Caramba, pues me alejo! Voy a incorporarme al consejo de familia, y os garantizo, aunque sin esperanza de éxito, que defenderé vuestra causa.

GLORIA.—Gracias, tito. Yo voy a indicar a Alfredo la escalera de servicio para que salga sin que mamá le vea. ¡Vamos, vamos!... *(Vanse: el Duque, por la primera, y Gloria y Alfredo, por la segunda.)*

ESCENA XIV

MILA y SATUR, que salen por el foro; luego, PACO.

MILA.—*(Muy emocionada.)* ¡Ay! Pero ¿está ahí?

SATUR.—Sí, señora condesa. Telefonée al señorito Pancho que viniera con urgencia. Recordará la señora condesa que me lo indicó, y ahí está.

MILA.—¡Oh, él ahí!... ¡Qué emoción!... Yo no sé qué me pasa cuando le siento cerca, que..., que me da un temblor y una...

SATUR.—¿Le digo que pase?

MILA.—Aguarda, aguarda... *(Se pinta los labios, se arregla el pelo, agitada y temblorosa.)* Dame esa flor, pon otra en el vaso... Arregla ese almohadón... Entorna... ¡Menos luz, por Dios, menos luz! Aguarda todavía. *(Se sienta en una postura indolente.)* ¿Estoy bien?

SATUR.—Como para una cubierta de «Cosmópolis».

MILA.—Dile que pase.

SATUR.—*(Abriendo la puerta del foro.)* Señorito... *(Con un gesto pícaro le invita a entrar y luego se retira.)*

PACO.—*(Aparece en la puerta. Es un joven muy elegante, resueito, de maneras distinguidas.)* ¡Mila!

MILA. — *(Tendiéndole ambas manos.)* ¡Paco!... ¡Oh Paco! ¿Tú?...

PACO.—*(Estrechándoselas efusivamente.)* ¿No me esperabas?

MILA.—No; por eso me sorprendes en una «neglisé» tan íntima.

PACO.—¡Intima y encantadora!...

MILA.—Perdona.

PACO.—¡Por Dios!... Pero es que me dijo Satur que viniese..., y yo...

MILA.—No creí que vinieras tan pronto.

PACO.—Me encareció la urgencia, y como tus deseos son órdenes para mí...

MILA.—¡Oh Paco, gracias, gracias! Siéntate. *(Se sienta.)* ¿Tan lejos?

PACO.—Yo me sentaría en tu misma silla, sin que tú te movieras; pero...

MILA.—¡Oh!... *(Riendo.)* No cabríamos...

PACO.—*(Riendo también.)* Puede que sí.

MILA.—*(Sonriendo con rubor.)* ¡Ay, qué cosas tienes!...

PACO.—*(Poniéndose repentinamente serio.)* Pero hoy, Mila, quizá nos convenga una prudente distancia.

MILA.—*(Como alarmada.)* ¿Pues?...

PACO.—Sí, Mila, sí; porque hoy..., hoy, aunque no me hubieses llamado, habría yo venido... Tenía impaciencia, necesidad de hablarte.

MILA.—¿Necesidad?... ¡Me asustas!... ¿Por qué?

PACO.—Porque tal vez lo que hoy hablemos sea lo último que te diga mi corazón.

MILA.—*(Cada vez más alarmada.)* Paco, pero ¿qué dices? ¡No te comprendo!

PACO.—Sí, Mila, sí... No sabes con cuánta pena voy a declararte lo que he resuelto; pero es preciso que lo sepas... Mila, hemos de separarnos para siempre.

MILA.—¡Jesús! Pero ¡estás loco!

PACO.—Tal vez. Hay amarguras que trastornan, y...

MILA.—Pero separarnos, ¿por qué?

PACO.—¿Es que no te has enterado, Mila de las calumnias, de las burlas, de las infamias que circulan por todas partes refiriéndose a nosotros?

MILA.—¿Y qué te importa eso?

PACO.—Sí, Mila; sí me importa... ¡Y no por mí! Yo tengo, aunque injustamente, bien injustamente por cierto, la reputación perdida...

MILA.—¡Para mí, no!

PACO.—Ya lo sé, Mila, y por mí nada me importaría lo que el mundo dijera; pero debo irme por ti. Tú necesitas conservar el prestigio de tu casa, vivir unida a tus hijas... ¿Qué diría el mundo si un golfo, ¡así me denominan!, te separara de ellas?... No, no puedo consentirlo. Además, tu hija Gloria lucha abiertamente contra mí... ¡Pues que no luche! Yo

me doy por vencido. ¿Aquí se exige un sacrificio?... ¡Que sea el mío!

MILA.—No, Paco. Yo agradezco tu noble abnegación; pero no puedo aceptarla...

PACO.—Sí podrás, Mila. Yo tengo la desgracia de ser joven...

MILA.—¿Y qué defecto es ése?

PACO.—Es que por eso todo el mundo cree que vengo, no a quererte, sino a saquearte.

MILA.—Menos yo.

PACO.—Porque eres buena y me conoces. Pero la gente sólo nos juzga con su brutal egoísmo. El que no tiene dinero es víctima de todas las injusticias. No puedes amar libremente. Tus pasos son espiados, tus sentimientos son envilecidos por la calumnia. «¿Qué se propondrá ese granuja?» Y tú, que quieres porque quieres y porque has encontrado una mujer buena y comprensiva, sólo porque es un poco, nada más que un poco, mayor que tú y porque tiene la fatalidad de tener algún dinero (¡qué asco de dinero!), creen todos que vienes como un salteador a levantarte con su fortuna. Y un amor que podría embellecer tu vida, ¡te la entenebrece, te la ensombrece, te la oscurece!... Pero, ¡ah!, no importa... Y a todas esas calumnias que caen sobre mí de «golfo aprovechón», de «vago explotador», de «granuja redomado», quiero contestar, gritándole al mundo: «¡Mientes, sí, mientes!... Y para convencerte, renuncio a su título y a sus millones, al bienestar y a la riqueza, y me voy solo, ¡solo!, a vivir en un rincón, en un triste rincón, donde pensaré en el afecto sincero de una mujer buena, que es lo único, ¡lo único!, que yo ambicionaba; y eso, eso sí que no podréis quitármelo nunca.» ¡Ah! ¡No, no, no!

MILA.—Pero, Paco, ¿es que te afectas?

PACO.—No, no me lo podréis quitar. ¡No, no, no!

MILA.—No, Paco; tú no te vas.

PACO.—¡Sí, sí, sí!

MILA.—¡No, no, no!

PACO.—¡Sí!

MILA.—*(Resuelta.)* ¡No! Y deja a los maldicien-

tes que digan. Tú no te vas de mi lado. Tú eres el único hombre que me ha querido en el mundo, o, al menos, que me ha dicho que me quería. Me doy cuenta de que esta felicidad ha venido un poco tarde a mi corazón..., pero ¡ha venido, y yo no renuncio a ella!... Si puedo resolver las dificultades que traerá a mi vida esta pasión tardía, mejor... Si no, ésa será mi tragedia... Porque tú, pase lo que pase, óyelo bien, Paco; pase lo que pase, ya no te vas de mi lado.

PACO.—Pues para eso, Mila, no veo más que un remedio..., ¡uno solo!

MILA.—Dilo.

PACO.—Es muy duro.

MILA.—Sea el que sea.

PACO.—Que eches a Martínez para siempre de tu casa.

MILA.—Le echaré, suceda lo que suceda.

PACO.—El es el culpable de las críticas y las censuras con que nos asaetea todo Madrid. El es el que me calumnia y ofende. Quiere ser solo a gozar de vuestra fortuna, y, claro, yo le estorbo. Es pobre, pedante, pobre, cursi... Me lleva todas las ventajas, porque como quiere a tu hija, que es otra extravagante, la gente se figura que no van a ser felices y les consagra todas sus simpatías. A mí, en cambio, me creen elegante, audaz, desenfadado, satírico. Conocen tus riquezas, y dicen: «Si ese hombre se eleva, será temible.» Y me odian.

MILA.—No hagas caso; te elevarás. Martínez no volverá a esta casa, y cuanto se oponga a nuestra felicidad será eliminado. Pero, Paco, ¡por Dios, tu amor!... Que yo no vaya a creer en el, y luego...

PACO.—Mila..., ¡mi cariño es acendrado y será leal hasta la muerte!

MILA.—¡Gracias, gracias!... Paco..., ¿no viene nadie? *(Le acerca la cara, como ofreciéndole un beso.)*

PACO.—No... Espera, sí... *(Le aparta la cara.)* ¡Luego!

ESCENA XV

DICHOS, FINITA y MANOLO, por el foro.

FINITA.—*(Entra apresurada y con ansiedad.)* ¡Mamá, mamá! ¡Por Dios, que ha venido Manolo a despedirse! Convéncele. Se quiere ir. *(Torreones aparece en la puerta con aire deprimido. Es un viejo de elegancia un poco llamativa.)*

PACO.—Ahí lo tienes: otra víctima de Martínez.

MILA.—Pero ¡por Dios, Manolo!... ¿Tú también?

MANOLO.—¡Qué quieres, Mila!

FINITA.—Pero ¿vas a hacer caso de esas miserías?

MANOLO.—Yo no hago caso de nada, Fina; ya me conoces. Pero yo soy muy bruto, sin ofender a nadie, y no quiero tener un choque con Martínez, que sería funesto... para Martínez.

MILA.—Pero, ¡por Dios!, yo creo que no hace falta llegar a esos extremos...

FINITA.—Pues claro que no. ¡Qué tontería!

MANOLO.—¡Ah, sí, sí!... Martínez nos calumnia, nos mina el terreno... Va por todas partes hablando de mi truco, de que deslumbro a las muchachas con mi fortuna y luego las... burlo. Y yo soy muy bruto, que no se olvide esto, y un día me enfrontilo con Martínez y lo dejo para el arrastre. Y yo no quiero salir en Prensa gráfica como becerrista.

PACO.—¡Como becerrista!... ¡Qué salao eres, Manolo!

MANOLO.—¿Quiere quedarse solo?... Lo dejaremos.

MILA.—¡Que lo hemos de dejar!

FINITA.—Que se vayan ellos de una vez, que se casen y nos dejen tranquilos.

MILA.—Ni más ni menos. Y tú, Manolo, puesto que vienes de buena fe, como aseguras y nosotras creemos, lo que tienes que hacer es demostrar que

las calumnias lo son y formalizar cuanto antes tu boda con ésta.

FINITA.—Tiene razón mamá; es el mayor mentís que puedes dar a tus calumniadores.

MANOLO.—*(Apurado.)* Sí, bueno; eso está claro, claro está...; pero..., pero... Pero, vamos, ¿qué te parece a ti, Paco?

PACO.—Que tú no puedes precipitar las cosas...

MANOLO.—¿Oyes? No puedo. Ahí está. Tiene razón éste.

PACO.—¡Tú no puedes acelerar tus resoluciones porque a un sinvergüenza se le ocurra injuriarte!

MANOLO.—¡Matemático!... Porque a uno se le ocurra injuriarme no voy a precipitar...

PACO.—Parecería como que con sus acusaciones te hacía ceder a un apremio.

MANOLO.—¡A un apremio, eso es!... ¡Ahí lo tienes!

PACO.—Y éste no está en ese caso.

MANOLO.—¡No, no estoy para apremios! Además, yo no sé si he dicho que yo soy muy bruto.

FINITA.—Sí, ya lo has dicho.

MANOLO.—Y a mí no me pone nadie la ley; por tanto, yo haré las cosas por sus pasos contados.

FINITA.—Bueno, Manolo; pero lo de casarnos que sean pocos pasos, y déjamelos contar a mí.

MANOLO.—Porque si Martínez no se va, aquí sobra uno. ¡Que Martínez y yo somos incomparables!

PACO.—¡Incompatibles!

MANOLO.—Lo mismo da. Conque o se va él o me voy yo.

MILA.—Se va él.

FINITA.—Sí, mamá, y ha de ser hoy mismo, porque, de lo contrario, me voy yo también para siempre.

PACO.—Y yo, desde luego.

MILA.—Bueno; no agobiarme. He dicho que no volverá a poner un pie en esta casa y que Gloria saldrá de aquí depositada hoy mismo, y así ha de ser. Ven conmigo, hija mía. Que nos oigan a las dos en el consejo de familia para que dispongan

de tu hermana hasta que se case; que vean que de todo esto depende la felicidad de nuestra vida, la tranquilidad de nuestra casa. Vamos, hija, vamos. Esperad un momento. *(Vanse por la primera izquierda.)*

ESCENA XVI

PACO y MANOLO.

PACO.—*(En tono alegre y zumbón.)* Bueno, querido Matusa... Habrás visto que cuando te apretaban te he hecho una faenita...

MANOLO.—Tienes una mano izquierda como para que te la homenajeen, del pulgar al meñique, y viceversa.

PACO.—Ahora, que la lucha gorda va a ser con Martínez. Pero que tenga ojo, porque a mí ese virutas no me pisa los ocho millones de esta señora, el Rolls con que he soñao y una vida más regalada que la fortuna de Valdecilla.

MANOLO.—Hay que echarlo.

PACO.—Como sea. Que no me estoy yo mellando la cresta ni haciendo el Tonito amoroso para que ese tiralíneas me birle una fortuna que es el porvenir mío, de mi hijos y de la Ceferina..., por orden alfabético.

MANOLO.—¡Qué padrazo eres!

PACO.—Por mí y por esas criaturas, todos los sacrificios me parecen pocos y llegaré hasta..., ¡hasta casarme! Y eso que tú no sabes las que se pasan convoyando por esas calles a una otoñal que está a dos dedos de las nieves perpetuas... El otro día, sin ir más lejos, yendo con Mila, me encontré a Pepa la Troncho, y va y me dice: «Adiós, anticuario.» ¡Mira: me tambaleé!... Pues a los dos minutos me doy de narices con la Juanela, que me hizo un guiño, exclamando: «¡Al Rastro con eso!» Pero lo aguanto porque en el mundo cada uno ha

nacido para una cosa, y yo no he nacido para trabajar.

MANOLO.—Ni nadie. Como que ya tienen que dar medallas, a ver si la gente se anima.

PACO.—Además, que ni sé ni quiero. Yo no trabajo en esta vida más que para no hacer nada. Que yo he venido a este planeta para divertirme, vestir bien, ir limpio, comer de primera y... que me lo ganen otros.

MANOLO.—Es un programita. Sin embargo, al venir a este mundo...

PACO.—Perdóname. Yo no he venido a este mundo. Me han traído dos señores; de manera que soy un invitao, y, por tanto, hay que dármelo todo hecho..., y que me guste.

MANOLO.—¡Ole las tonterías!

PACO.—Por eso me he arrimado siempre a vosotros, los ricos, porque los que más dan son los que menos les cuesta ganarlo.

MANOLO.—Como que me morí de risa el día que te vi llenar los padrones, y que al llegar al casillero que dice: «Profesión», pusiste: «Amigo de millonarios».

PACO.—Es que ya somos muchos los que vivimos de eso. *(Se escucha rumor de voces.)*

MANOLO.—Calla, que salen vociferando.

PACO.—Es verdad. ¡Métete aquí, a ver qué es! *(Se ocultan en el balcón.)*

ESCENA XVII

MILA, FINITA, PEPA, NELA, DUQUE, MARQUÉS y el PADRE LUIS. Salen todos vociferando por la primera izquierda.

MILA.—¡Ah, no, no; de ninguna manera!

DUQUE.—Cálmate, Mila.

MILA.—Ha de salir hoy mismo de esta casa... ¡Hoy mismo!

FINITA.—¡Se trata de nuestra felicidad!

PADRE.—Pero ¡atienda, hija!

NELA.—¡Quieren que las deje en paz!

MILA.—¡No podemos soportarla! Os lo he dicho en todos los tonos.

MARQUÉS.—Pero ¡no gritéis!

PADRE.—¡Tened juicio!

FINITA.—¡No queremos!

PEPA.—Pero ¡si todo puede arreglarse!... ¡Nos la podemos llevar nosotros!

MARQUÉS.—Y en casa estará tranquilísima. Nunca hay nadie.

MILA.—Y para no hacer lo que a mí me convenga, no necesitaba yo consejos de familia.

PADRE.—Pero ¡atiende, hija!

MILA.—Pero ¿no oyes que no quiero? Es mi felicidad lo que se juega.

PADRE.—Piensa que el consejo de familia tiene que procurar entre padres e hijos el concierto de intereses...

DUQUE.—Sí; pero ¡esto no es un concierto!... ¡Esto es un «jazz-band»!

MARQUÉS.—¡Hablamos todos a un tiempo!

PADRE.—Y fuera de tono.

MILA.—Por tanto, no necesito vuestro concurso para nada.

PADRE.—Es que, óyelo bien, Mila: no hemos encontrado motivo serio para obligar a tu hija a que abandone esta casa...

GLORIA.—*(Apareciendo, serena y tranquila, por el foro.)* Y aunque lo hubiera, tampoco la abandonaría, padre Luis.

MILA.—*(Sorprendida e indignada.)* ¡Tú!

GLORIA.—Yo, mamá; que ni por disposición del consejo de familia ni aun por una orden judicial saldré de aquí.

FINITA.—Es decir, ¿que nos declaras la guerra?

GLORIA.—La guerra, no. Os declaro con serenidad y firmeza que me quedo en mi casa hasta que pueda salir de ella tranquila.

MILA.—Si lo haces para velar por su prestigio, me sobro yo para eso.

GLORIA.—Pero en esa tarea tan noble no puedes negarle a una hija que te ayude.

MILA.—Está bien. Ya gobernaré yo en mi casa como me convenga. Quédate, si quieres.

DUQUE.—Piensa, querida Mila...

MILA.—Ni una palabra más. Sé lo que debo hacer. *(Toca el timbre y aparece la Doncella.)* Los abrigos de estos señores.

DONCELLA.—*(Queda perpleja.)* Señora... *(Aparece el Criado con cara de espanto.)*

MILA.—Los abrigos de estos señores.

CRIADO.—Es que..., no sabemos cómo decírselo a la señora condesa...

MILA.—¿Pues...?

CRIADO.—Que los abrigos de estos señores... no están en el perchero.

MARQUÉS.—¡Cielos! ¿Ha venido mi hijo acaso?...

CRIADO.—Sí, señor marqués. Vino el señorito Quinito, preguntó si había mucha gente, se fijó en el perchero, quedó escribiendo una tarjeta, nos despidió y...

PEPA.—¡Y todos a cuerpo! *(Indignación en todos.)*

CRIADO.—Creo que todos.

DUQUE.—¿Y se los ha llevado todos?

CRIADO.—¡Ha dejado una bufandita y una sombrillita nada más, señor duque!

PADRE.—*(Horrorizado.)* Pero ¿mi manteo...?

MARQUÉS.—Se conoce que le ha dado el ataque. ¡No ha distinguido, y se ha llevado los abrigos seglares y los religiosos!

PADRE.—¡Bueno! ¡Pues tráigame la teja!

CRIADO.—Tampoco está.

PADRE.—¡Se ha llevado hasta la teja! Pero ¿para qué querrá la teja?

MARQUÉS.—¡Perdónalo, pobrecillo! Como el tiempo está tan metido en agua..., se conoce que ha visto la teja y... *(Todos se indignan.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

GLORIA, que aparece vestida con un «mono» azul de mecánico, que llevará en el cuello, como emblemas, dos maquinitas doradas, cubre, además, su cabeza con una boina, y sobre ella lleva recogidas las gafas de conducir. Está en «posse» fotográfica. Un FOTÓGRAFO está enfocando. Un PERIODISTA joven dirige la escena y un MUCHACHITO sostiene el aparato para el magnesio.

FOTÓGRAFO.—*(Que está enfocando.)* Así... ¡Admirable!... Sin embargo, esa cabecita, un poco más baja... ¡Admirable!... Suba la mano... Baje el codo... Mire aquí... ¡Admirable, admirable! Ahora, eleve el otro brazo... y coloque la mano con el dedo extendido, como indicando una ruta...

PERIODISTA.—Perdone usted, querido Mínguez; la mano, así, estaría bien en el pasillo de un «cine», indicando una salida para casos de incendio; pero no en esta ocasión.

FOTÓGRAFO.—*(Amoscado.)* No veo la oportunidad del chiste. No olvidemos que la señorita va a aparecer en el ténder de un mixto.

PERIODISTA.—¡No, por Dios! ¡De un rápido!... En un mixto ya la sacó la Prensa popular... Prensa «chic» es más elegante. La debemos sacar en el tén-

der de un tren de lujo...: rápido, exprés, sudexprés...; pero, desde luego, de lujo.

GLORIA.—Bueno; y siendo de lujo, ¿qué hago con la mano?

PERIODISTA.—Colocarla así, como sujetando el regulador.

GLORIA.—¿Estaré así bien?

FOTÓGRAFO.—¡Admirable! Pero incline la cabeza... Así... ¡Admirable!... Yerga el torso, incline el busto...

PERIODISTA.—Y sonría; sobre todo, sonría...

GLORIA.—¿Así?

PERIODISTA.—Sonría más.

GLORIA.—*(Medio en broma.)* No olvide usted que voy conduciendo la máquina de un rápido, que es una cosa muy seria.

FOTÓGRAFO.—*(Riendo y aparte.)* ¡Toma canela!

PERIODISTA.—Sin embargo, yo creo que la sonrisa...

GLORIA.—Pero ¿a quién voy a sonreír en el ténder de una máquina?... ¿Al fogonero?

FOTÓGRAFO.—Tiene razón... ¡Gracioso, gracioso, señorita! *(Aparte.)* ¡Toma papilla, Ruperta! *(Alto.)* Así. ¡Admirable! Quieta un momento..., quietita. Dispara, Manolo. *(El Muchacho quema un poco de magnesio.)* Gracias, señorita; agradecidísimo.

GLORIA.—Yo a ustedes. *(Se pone un quimono.)*

PERIODISTA.—Y ahora, amigo Mínguez, voy a celebrar una pequeña interviú con esta señorita. Si quisiera usted precederme en la ausencia...

FOTÓGRAFO.—Desde luego. Voy a la Redacción a revelar... Señorita, a sus órdenes.

GLORIA.—¿Saben ustedes salir?

MUCHACHO.—Yo, sí... Por el pasillo, a la derecha...

GLORIA.—Eso es.

MUCHACHO.—*(Al Fotógrafo, mientras carga con la máquina.)* Donde estaba aquella doncella que nos ha gustado. *(Vanse por el foro.)*

ESCENA II

El PERIODISTA y GLORIA.

PERIODISTA.—Señorita, ahora tendrá usted que perdonarme que la someta a un pequeño cuestionario...

GLORIA.—Con mucho gusto. Usted dirá. *(Se sientan.)*

PERIODISTA.—*(Con el lápiz y hojeando un libro de notas.)* ¿Eeeeh?... Usted siguió esta carrera por propia vocación, ¿no?

GLORIA.—¡Ah!, desde luego.

PERIODISTA.—Por distinguirse, naturalmente, de esas señoritas ociosas que...

GLORIA.—No, señor; por el deseo de hacer algo útil que entretuviera mi vida; nada más.

PERIODISTA.—*(Escribiendo.)* Utilidad y entretenimiento. Y, claro, que cuando usted ha estudiado, ¿es que está fuera de las costumbres del gran mundo?...

GLORIA.—No, señor; no estoy fuera.

PERIODISTA.—*(Escribe.)* No está fuera. Entonces, el gran mundo, ¿no le parece a usted mal?

GLORIA.—Tan interesante como otro cualquiera.

PERIODISTA.—Curioso, curioso...

GLORIA.—Quizá más, porque está más alto y todos sus acontecimientos son de mayor ejemplaridad y obliga a vivirlo, para vivirlo dignamente, con mayor decoro.

PERIODISTA.—Bueno; pero, por lo menos, le molestará la frivolidad con que sus individuos proceden y...

GLORIA.—No, no me molesta.

PERIODISTA.—*(Escribe.)* No le molesta.

GLORIA.—No me molesta, porque, generalmente, tiende a la frivolidad todo el que tiene resueltas las necesidades fundamentales de la vida.

PERIODISTA.—Pero no me negará usted que un millonario trabaja poco...

GLORIA.—Trabaja poco porque no tiene necesidad de trabajar mucho; pero que le caiga el premio mayor de la lotería de Navidad a un empleado, y verá usted cómo no vuelve a la oficina.

PERIODISTA.—Usted quiere decir que con dinero no hay quien vaya a la oficina.

GLORIA.—No; yo lo que quiero decir es que con dinero no va uno más que donde quiere y a las horas que le convenga, pertenezca a la clase social a que pertenezca.

PERIODISTA.—Pero convendrá usted en que las costumbres del gran mundo se resienten de un exceso de libertad que...

GLORIA.—No, señor; no convengo.

PERIODISTA.—No conviene. *(Aparte.)* No doy una. *(Alto.)* Pero, por ejemplo, eso de que las mujeres fumen...

GLORIA.—No me parece mal. Un cigarrillo, en manos de una mujer, tiene cierta gracia atractiva. Hoy fuman las mujeres de casi todos los pueblos más cultos del mundo. ¿Quiere usted un cigarrillo? *(Se lo ofrece.)*

PERIODISTA.—No fumo. Muchas gracias. Bueno; y eso de la falda corta...

GLORIA.—Es magnífico. Educa la vista y la tranquiliza... ¿No lo cree usted? Nuestras piernas han perdido todo su valor.

PERIODISTA.—Según, según... Las hay tranquilizadoras, como palos...; pero las hay que... En fin: bueno... Lo que no me negará es que esa libertad en las costumbres... Eso de que una jovencita vaya sola...

GLORIA.—No tiene la menor importancia. Lo grave es que vaya acompañada. ¿No le parece a usted?...

PERIODISTA.—¡Ah, sí, sí!... ¡Puro humorismo! *(Escribe.)* Mujer absolutamente del día.

GLORIA.—Pero ponga usted que del día del juicio..., del buen juicio, al menos...

PERIODISTA.—¡Ah, desde luego, desde luego!... Una última pregunta: ¿Usted vivirá en su hogar queri-

da y admirada de los suyos, en plena felicidad?...

GLORIA.—¡Ah, sí, sí, naturalmente!

PERIODISTA.—Y, si no fuera indiscreto, ¿de amores...?

GLORIA.—Diga usted que no he salido del singular.

PERIODISTA.—¿Uno solo?

GLORIA.—Y que Dios me lo conserve.

PERIODISTA.—Así sea. Señorita, a sus gratas órdenes. Celebro que hayamos estado de acuerdo en todo...

GLORIA.—¡No podía ser menos!

PERIODISTA.—Y ya le enseñaré las galeradas, por si alguna pequeña rectificación...

GLORIA.—No, no hace falta... ¿Sabrá usted salir?

PERIODISTA.—Sí, sí; por este pasillo, a la derecha...

GLORIA.—Exacto...

PERIODISTA.—Donde hay una doncella que nos ha...; digo, no. ¡Ay!... *(Tropieza.)* A sus gratísimas órdenes. *(Vase por el foro.)*

GLORIA.—Muy agradecida.

ESCENA III

GLORIA, el DUQUE y ALFREDO.

DUQUE.—*(Asomándose por la primera izquierda.)* ¡Glorita..., Glorita!

GLORIA.—Tío Paulito...

DUQUE.—Aquí tienes a Alfredo. Aguardábamos ocultos en el cuarto de Tomás. Tenemos que hablarte de algo urgentísimo.

GLORIA.—Que pase, que pase.

ALFREDO.—*(Entrando, con efusión.)* ¡Gloria!...

GLORIA.—¡Alfredo!...

ALFREDO.—Qué, ¿te ha molestado mucho ese señor periodista?

GLORIA.—No; hemos estado absolutamente de acuerdo en no coincidir, y la cosa ha sido rápida; pero me ha satisfecho la interviú.

ALFREDO.—Es un tributo gratísimo que hay que pagar a la información periodística, que cuando es nóble y honrada, alegra y estimula.

GLORIA.—Y ustedes, qué, ¿han averiguado algo?

DUQUE.—Vengo aterrado, hija mía; hemos averiguado cosas verdaderamente hediondas de ese sujeto.

ALFREDO.—Tan hediondas, que hay que volver a la razón a tu madre, por muy loca que esté.

GLORIA.—Es que no sabéis cómo está mamá...

DUQUE.—Esté como esté...

ALFREDO.—Hemos descubierto que ese hombre vive con una mujer y tiene dos hijos con ella..., ¡dos!

GLORIA.—¡Jesús!

DUQUE.—Y lo que venga

ALFREDO.—Viven de lo que le sacan a tu madre.

DUQUE.—Y ella consiente en dejar casar a ese granuja porque le ha prometido, en cuanto se case, un hotel en la Ciudad Jardín, un Ford y una fidelidad absoluta, aunque adulterina...

GLORIA.—¡Qué asco!

ALFREDO.—¡Comprenderás que hay que dar la batalla hoy mismo!

GLORIA.—¡Sí, sí!..., porque yo, por mi parte, he averiguado también, ¡pásmense ustedes!...

DUQUE.—Que se pasme ése; a mí ya no me pasma nada.

ALFREDO.—Sigue.

GLORIA.—... que mamá, obligada por ese hombre, va a cederle hoy mismo, notarialmente, toda la parte de libre disposición de su fortuna. ¡Cuatro millones!

DUQUE.—¡Atiza!

ALFREDO.—Bueno; una vieja enamorada es una ametralladora.

DUQUE.—¡Ah, pues eso, no!... ¡Trucos, no!

GLORIA.—Y ya veis cómo está la casa: llena de gente. Fiestas, músicas, «jazz-bands»...

DUQUE.—Sí. Todo júbilo es hoy la gran Toledo...

GLORIA.—Esta fiesta es porque ese bribón ha urdido el plan con habilidad suma y se ha traído de un pueblo a unos tíos suyos, un matrimonio, res-

petable al parecer, para que le apadrinen, y mamá da una comida esta noche para presentarlos a sus relaciones.

ALFREDO.—¿Y serán tíos de veras?

DUQUE.—¡Ah, eso no lo dudes! El que se llama tío, es un tío. Si lo es, porque lo es; y si no lo es, porque lo finge.

ALFREDO.—Poco ha de durar el engaño. ¡Pronto lo averiguaremos!

GLORIA.—¿Qué piensas hacer?

ALFREDO.—Complicar a esos señores en el desenlace de esta farsa, a ver por dónde respiran.

DUQUE.—Muy acertado. Si son dos farsantes, lo descubriremos, y si son dos personas honradas, protestarán.

ALFREDO.—Hay que pescar a ese granuja en sus propias redes.

GLORIA.—Y pronto. Porque el plan en que está mamá cada día es más ridículo; se fué a París a que le hicieran la cara, y ya has visto cómo ha vuelto tío Paulito...

DUQUE.—Sí que le han hecho la cara... una herejía. El otro día la vi, y eso que ha traído no es cara, es una ensaladera.

ALFREDO.—¡Y de la porcelana más barata!

GLORIA.—Sí; pero como ella es tan efusiva, va diciendo por todas partes que ha rejuvenecido, en términos que es un nuevo Fausto femenino, y que se siente reintegrada a una bulliciosa juventud. Y, claro, «Tapioca», el cronista de salones, que es un guasón, ha publicado una crónica ocupándose de mamá y diciendo que va a dar a sus lectores la «Fausta» nueva de una nueva Fausta. ¡Un horror!

DUQUE.—Para matarlo.

ALFREDO.—No, no es culpa de ese payaso. Mientras no demos fin al espectáculo grotesco no cesará la burla.

GLORIA.—Pues pronto acabará, yo te lo prometo. Hay que salvar a mi madre, suceda lo que suceda.

ALFREDO.—Hoy mismo..., ahora mismo... Alejémonos, que alguien se acerca.

DUQUE.—Es la nueva Fausta, que viene juvenil y alegre como un pimpollo. *(Vanse por la primera izquierda.)*

ESCENA IV

MILA, PEPA, QUIQUE, PACO y NELA, por el foro.

MILA.—*(Todavía dentro y con voz jubilosa.)* ¡Ay, no, no, no, por Dios!... ¡No decirme eso!... ¡No, no, no, no!... ¡Rejuvenecida, sí; aniñada, no!... ¡Aniñada, no!...

PEPA. Que sí, Mila, que sí; que te digo que sí... Que estás guapísima, pero ¡guapísima!

NELA.—¡Más guapa que tus hijas, tía Mila, créelo!

FINITA.—¡Ya quisiéramos!... Pero ¡si se lo digo yo todos los días!...

PACO.—¡Bueno, bueno, por Dios, que la vais a engreír!

MILA.—*(Con un mohin de coquetería.)* ¿Y por quién me halaga a mí todo esto, di?

PEPA.—Oye: ¿y en qué sitio de París te han hecho la cara?

MILA.—En la rue de Pigall, hija; en casa de madame Siré... Me han llevado veinte mil francos por la cara; pero yo creo que no es cara.

MARQUÉS.—¡Qué va a ser cara!... *(Aparte.)* Eso es una careta.

NELA.—¡Es un prodigio!

PEPA.—Bueno; te has quedado, Mila, que dices que tienes treinta años...

MARQUÉS.—*(Aparte, a Pepa.)* ... ¡y la llevan a los tribunales!... ¡No exageres, Pepa, que te conozco!

PACO.—Bueno; basta de incienso, que la están ustedes subiendo a la parra.

MILA.—¡No, a la parra, no!... Precisamente, menos presumida que una... ¿Es verdad lo que dicen, Quique, que parezco una chica?

MARQUÉS.—Como que cuando llegaste a la estación iba yo a preguntarte: «¿Y tu mamá?»

MILA.—*(Riendo.)* ¡Ay, mi mamá!... ¡Ay, qué Quique, qué Quique!... *(Le da con los impertinentes.)*

PEPA.—Y, además, el acontecimiento del día te tiene radiante.

MILA.—Eso, sí; hoy me siento poseída de un aliento juvenil, de una alegría, de una frescura... *(A Paco, aparte.)* ¡Y todo por ti, por ti!

PACO.—¡Por Dios, Mila, contente, contente!

MILA.—¿Y a ti te gusto, Paco?

PACO.—Ya te lo diré luego.

MILA.—¿Cuándo?

PACO.—Cuando nos vayamos a casa del notario, que iremos solos.

MILA.—Es que hoy te encuentro como asustado, entristecido.

PACO.—Porque temo asechanzas, traiciones. Todos me odian en esta casa.

MILA.—Pero ¡yo te amo!... ¿No te basta?

PACO.—Me basta y me sobra. Pero... luego te diré algo que...

MILA.—*(Muy intrigada.)* ¿Qué?

PACO.—¡Algo terrible que sospecho!

MILA.—¡Jesús!

PACO.—Disimula ahora.

MILA.—*(Acercándose a los del grupo, que se han sentado, y sentándose.)* ¡Ay Pepa, qué feliz me siento!

PEPA.—¡Tienes tus motivos, hija!... Y, además, hay que felicitarte, porque has estado diplomatiquísima trayendo a los parientes de Paco, que, aun siendo un matrimonio de pueblo, son dos personas verdaderamente distinguidas. *(Alto, a Paco.)* Hablo de sus tíos de usted, Paco.

PACO.—¡Ah! ¿Le parecen a usted simpáticos?

PEPA.—¡Simpatiquísimos!

NELA.—¡Su tía de usted es guapísima!

MARQUÉS.—¡Una belleza de concurso!... Cuando se ríe es una cosa seria... Tiene unos dientes y una boca...

FINITA.—Que no parecen de señora de pueblo, ¿verdad?

PEPA.—Es de una hermosura original.

MILA.—Parece una estampa antigua... Un retrato de Federico de Madrazo.

NELA.—Es verdad... Severa, elegante, con la raya en medio..

MARQUÉS.—Tiene una distinción y un porte...

NELA.—A mí, el marido también me gusta.

MARQUÉS.—A mí, no... A mí, no... es que me disguste; pero, vamos...

FINITA.—Es original, atractivo...

PEPA.—Es otra estampa.

MARQUÉS.—De Xaudaró, pero otra estampa. Ahora, que lleva un frac, amigo Paco...

PACO.—Aguileño. Se lo ha comprado en El Aguila; no ha habido manera de disuadirlo.

MARQUÉS.—Y se ha puesto un chaleco a rayas que produce estrabismo. Yo, desde que me lo presentaron, que tuerzo la vista.

PACO.—Bueno; no olvidemos que viene de Toro.

MARQUÉS.—¡Qué hemos de olvidar, si es de una elegancia que embiste!

CRIADO.—*(Anunciando.)* Los señores de Crespo.

PEPA.—¡Ay, aquí están!

TODOS.—¡Aquí están, aquí están!

MILA.—*(A Paco.)* Aquí están tus tíos..., digo, los tíos, porque ya los considero como propios.

FINITA.—*(Al Criado.)* Que pasen, que pasen aquí.

PACO.—*(Yendo a la puerta.)* ¡Aquí, tíos, aquí!

ESCENA V

DICHOS, DOÑA BERENGUELA y DON CIPRIANO, por el foro. Son dos señores amables, de una finura un poco amanerada y pueblerina y vestidos al modo que se ha indicado en el diálogo de la escena anterior.

DON CIPRIANO.—*(Saludándolos por el orden en que los encuentra.)* Señoras..., señores. Condesa,

marquesa, señorita, ídem, marqués, pollo... *(Cuando se le acaban se encuentra con el Criado.)* Sirviente... *(Grandes reverencias a todos.)*

DOÑA BERENGUELA.—*(Con igual finura.)* Condesa, marquesa, marqués, niñitas..., Paquito...

MILA.—Siéntense, siéntense.

DON CIPRIANO.—Con todo respeto... *(Se recoge los faldones cuidadosamente al sentarse.)*

MILA.—Y qué, ¿qué tal les va a ustedes desde su llegada?

DOÑA BERENGUELA.—Bien, muy bien; a nosotros, bien. Ustedes, ¿bien?

PEPA.—Bien, a Dios gracias.

DON CIPRIANO.—Lo celebramos infinito. Nosotros, bien.

MARQUÉS.—Y nosotros también.

DON CIPRIANO.—Muy bien. *(Pausa. Se estira los puños.)*

MILA.—Nos tenían ustedes ya algo impacientes.

PACO.—Como han tardado ustedes un poco y son tan puntuales...

PEPA.—Pensábamos si les habría pasado algo.

DOÑA BERENGUELA.—No, nada, nada; una pequeña retención callejera.

DON CIPRIANO.—En efecto, un guardia que nos detuvo. *(A Nela.)* ¿La he saludado a usted, que no recuerdo?

NELA.—Sí, sí; muchas gracias.

MILA.—¿Y qué fué ello, qué fué ello?

DON CIPRIANO.—Pues ello fué, condesa, que al atravesar, denodada y oblicuamente, en la calle de Alcalá, Berenguela y el que narra, un paso para peatones, como soy tan pulcro en la observancia de las reglas de policía urbana, le dije a mi mujer: «Activa y no te salgas de la franja.» Cuando en esto, un correcto guardia se dirigió a nosotros y nos levantó la mano. *(Al Marqués.)* ¿Le he saludado a usted, que no recuerdo?

MARQUÉS.—Sí, sí...; dos veces. No se preocupe; siga y narre.

DON CIPRIANO.—Nosotros, obedientes a la indicación manual y autoritaria, nos detuvimos, y empe-

zaron a pasar coches, coches, coches..., en serie innúmera. A poco, ante otra significativa indicación guardiana, se detienen los vehículos y pasaron personas, personas, personas... A poco, coches, coches, y de nuevo, personas, personas..., hasta que a los cuarenta y cinco minutos de paciente espera, le pregunto al guardia: «Pero oiga usted, guardia: ¿cuándo pasamos mi señora y yo?» «Pero, señor —me replica asombrado—, ¡si hace media hora que han podido ustedes pasar!» «Hombre—le replico extrañado—, yo esperaba una invitación particular, porque la indicación retentiva ha sido personal.» «Porque antes estaban ustedes solos», me recalca el guardia...

DOÑA BERENGUELA.—Yo me lo figuraba; pero no quise objetarle. A Cipriano le irrita que le objeten.

DON CIPRIANO.—Total: que se produjo entre la gente cierta hilaridad discreta, aunque zumbona, y nos dijo una mujer: «¡Pasen ustedes; pero sin apresurarse, no le vayan a pisar al señor un faldón!»

DOÑA BERENGUELA.—Creció la hilaridad en el grupo, éste quiso retroceder...

DON CIPRIANO.—Claro, para contestar adecuadamente a la burla; pero una motociclo nos dió un bocinazo estentóreo...

DOÑA BERENGUELA.—Y nos dejó tan aturdidos, que corrimos desalados. Yo perdí mi bolso.

DON CIPRIANO.—Yo corrí hasta perder... el paso para peatones; pero ganamos la acera..., nos unimos de nuevo, y cuando ya estábamos cerca de esta casa, levanto los ojos y veo con espanto un cartel que decía: «Dirección prohibida.» Volvemos atrás, nos vamos por otro lado, dando un largo rodeo, y cuando volvimos a ver por, fin, el portal cercano..., miro y veo con espanto otro letrerito igual: «Dirección prohibida.» «Pero, Señor, ¿por dónde se irá en Madrid a los sitios?...», nos preguntamos mi señora y el que narra; y, cerrando los ojos a tanta prohibición, emprendimos la ruta, y aquí tienen ustedes, a sus gratas y amables órdenes, a dos contra-

ventores de las ordenanzas municipales. ¿Le he saludado a usted, que no recuerdo?

MARQUÉS.—Repetidas veces, mi pulcro y escaso amigo.

MILA.—¡Ay, pues cuánto lamentamos el incidente!

PACO.—Un exceso de respeto ciudadano.

DON CIPRIANO.—Ni mi señora ni el que narra faltamos jamás a cuanto se nos ordena.

DOÑA BERENGUELA.—Con decirles a ustedes que en el pueblo los pasos para peatones se los ha hecho él con tiza y que la única que pasa soy yo...

DON CIPRIANO.—Como que si no la pondría multa.

TODOS.—¡Muy bien, muy bien!

PEPA.—¿Y a usted le gusta Madrid, doña Urraca?

DOÑA BERENGUELA.—Berenguela.

PEPA.—¡Ay, sí, usted perdone! Que como no estoy muy fuerte en las cosas históricas...

DOÑA BERENGUELA.—Pues sí, señora; me gusta infinitamente.

NELA.—Entonces, ¿se aburrirá usted en el pueblo?

DOÑA BERENGUELA.—¡Oh, no, no!... Porque en puridad, espiritualmente, vivo la vida cortesana. Todo mi afán es estar al tanto del movimiento aristocrático de la corte.

DON CIPRIANO.—Lee diariamente a «Gil de Escalante».

MILA.—Muy ameno, muy ameno.

DOÑA BERENGUELA.—Leo a «Cil», la bellísima cronista de «El Sol».

DON CIPRIANO.—Y cuando ésta coge «El Sol», es que no le da «El Sol» ni a su padre.

PEPA.—¿Y también leerá usted a «Montecristo»?

MARQUÉS.—Ese es el que más sabe de entronques y abolengos.

DON CIPRIANO.—¡Ah, pues de eso también sabe ésta un poco!

DOÑA BERENGUELA.—Es mi especialidad.

DON CIPRIANO.—Ayer me estaba explicando el origen del apellido de ustedes.

MARQUÉS.—¿De los Santa Guzla?

DOÑA BERENGUELA.—Sí; el fundador de su casa, marqués, fué un Díaz de Egea.

MARQUÉS.—Exacto. ¡Caramba!... ¿Y cómo sabe usted...?

DOÑA BERENGUELA.—Luego, por el matrimonio de uno de sus abuelos con una duquesa de Sauceda, de la casa de los Díaz de Mefalda, se llaman ustedes Díaz de Díaz y Díaz desde hace tres siglos.

MARQUÉS.—¡Demonio!... Me maravilla usted. Yo sabía que podía disponer de unos cuantos Díaz; pero, vamos, de tres siglos, no.

DOÑA BERENGUELA.—Y en el siglo diecisiete, su casa de usted se entroncó con la de los condes de Coria.

MARQUÉS.—Sí, por mi tatarabuelo don Alonso, el Bobo.

DOÑA BERENGUELA.—Justo. El cual murió por su bravura en la batalla de Novea...

MARQUÉS.—De Novea; pero don Iñigo de Mirón, capitán de lanzas del infante don Fadrique...

DOÑA BERENGUELA.—Dió muerte en ella a Tristán de Lamiago.

MARQUÉS.—De la casa de los condes de Betanzos.

DOÑA BERENGUELA.—De Puentedeume.

DON CIPRIANO.—¡No se le va ni un partido judicial!

MILA.—Es admirable.

DOÑA BERENGUELA.—Y usted, condesa, tuvo una tía, doña Sol de Nanclares, enlazada por su madre, una Pancorbo, con los marqueses de la Sonaja, que era de una belleza extraordinaria.

DON CIPRIANO.—Belleza que perdura en la familia.

MILA.—¡Por Dios, Cipriano!... Pero ¿oyes al tío?...

DOÑA BERENGUELA.—¡Como que la retrató Goya! Fué azafata de la reina María Luisa y se casó con un italiano de la casa de los príncipes de Bilochi, descendientes del dogo Pioletto Borguese.

MARQUÉS.—Ese Pioletto no me suena a mí...

PEPA.—Nada, que esta doña Rodriga...

DOÑA BERENGUELA.—Berenguela...

PEPA.—¡Y dale!... ¡Tiene usted cuatro reyes de armas en el cuerpo!...

MILA.—Bueno, Cipriano *(Se levantan.)*; pues si

me da usted su brazo iremos a presentarles a ustedes nuestros amigos...

DON CIPRIANO.—¡Honor inmarcesible, condesa!... *(Le da el brazo.)*

NELA.—¡Son dos cronicones!

FINITA.—¡El en rústica, hija!... Vamos, tita...

PEPA.—¡Creí que nos contaba la historia de Mauregato, hija! *(Vanse por el foro izquierda.)*

MILA.—¿Y su señora no le ha descubierto a usted el abolengo?

DON CIPRIANO.—Sí, sí; dice que yo también pertenezco a una casa hidalga; que uno de mis abuelos fué don Tristán Coz de Jaca, que fundó una Orden de Caballería...

MILA.—Sí, Coz de Caballería Me suena, me suena...

DON CIPRIANO.—No, Coz de Jaca...

MILA.—¡Ay, perdone!

DON CIPRIANO.—¡No hay de qué! Todo es caballería. *(Vanse por el foro. Paco se queda en el mirador.)*

DOÑA BERENGUELA.—¿Y usted no sabe lo que le pasó a Witiza cuando...?

MARQUÉS.—¡Atiza!... No; ¡pero me basta lo que he oído para admirarla como una crónica viviente, señora!

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, marqués!

MARQUÉS.—Y que cuanto más la ojeo a usted, más interesante me resulta. *(Le da el brazo.)*

DOÑA BERENGUELA.—¡Oh!

MARQUÉS.—¡Tiene usted cada página!... Y no digamos que en pergamino, porque la tersura...

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, marqués; es usted tan galante como amable!

MARQUÉS.—Y usted tan heráldica como sugerente.

DOÑA BERENGUELA.—Mi blasón, como el de usted también, tiene un águila rampante.

MARQUÉS.—¡Ah Berenguela, pues si no le importara a usted cambiar el águila por un gallo! *(Con malicia.)*

DOÑA BERENGUELA.—¡Que viene un pollo! *(Cruza por el foro el Pollo 2.°)*

MARQUÉS.—¡Lo desplumo! ¿Conque le importaría cambiar?...

DOÑA BERENGUELA.—*(Riendo.)* ¡Pero, por Dios! ¿Y mi marido?...

MARQUÉS.—Su marido de usted es un mono rampante en campo de gules. *(Vanse del brazo por el foro izquierda.)*

ESCENA VI

PACO y MANOLO, que sale al mirador y pasea agitado.

PACO.—¡Tengo una impaciencia y una inquietud...! ¡Quisiera que volaran los acontecimientos! Háganme la guerra que me hagan, son cuatro millones los que yo puedo sacar de aquí..., ¡y ésos..., ésos no los pierdo! ¡Estaría bueno que después de las burradas que he tenido que hacer para llegar a esto, ahora fuera a perderlo! ¡Sí, sí!... ¡Me juego la vida antes! ¡Por éstas!

MANOLO.—*(Aparece por el foro.)* Paco...

PACO.—¡Manolo!

MANOLO.—Qué, ¿cómo va eso? ¿Viento en popa?

PACO.—No tan popa como tú te figuras y yo me suponía.

MANOLO.—¿Pues?...

PACO. Tenía una gana loca de hablarte. *(Se sientan.)*

MANOLO.—¿Qué pasa?

PACO.—Que hace dos días que veo a Martínez por los alrededores de mi casa.

MANOLO.—¡Arrea!

PACO.—Lo que oyes. Y por ciertos rumores que han llegado a mí, sospecho que ha interrogado a los porteros y anda averiguando detalles y cosas..., para venir luego a soplarlos aquí.

MANOLO.—Ese bandido te ha puesto la proa...

PACO.—Por eso te decía lo de la popa... Ahora que

en cuanto yo me dé de narices con ese tío, sea donde sea, como no esté sucrito a una Sociedad de médico y botica, se arruina. Acuérdate.

MANOLO.—Pero ¿qué sacarán esos canallas con molestar?...

PACO.—Y tú, ¿cómo andas con Fina?

MANOLO.—*(Que es muy calvo, con cierta ironía.)* Hombre, no digo a la greña, porque para qué voy a mentir; pero, vamos...

PACO.—Pero ¿no estáis ya en el período de las excursiones?

MANOLO.—¡Toma, pues ahí está! Y hasta la pusieron una inglesa que nos acompañara, con lo cual vi el cielo abierto o, por lo menos, entornao, porque yo a las inglesas las clasifico como a los toros: de sesenta libras, de ochenta libras... Esta era de pocas libras, y la soborné.

PACO.—Con oro nada hay que falle.

MANOLO.—Aguarda, que ya verás. Combinadas las cosas con todas las de la ley, de primeras nos fuimos de excursión a El Escorial. Conque llegamos, visitamos los panteones para disimular; le dije a la «miss» que nos dejara solos en el de Infantes, que es más alegre; me permití una pequeña libertad con Finita y me dió una de bofetadas que se incorporó don Juan de Austria diciendo: «Pero, ¿es que no se ha acabado la batalla de Lepanto todavía?»

PACO.—¡Caracoles!

MANOLO.—Que si no llamo a la «miss» no vuelves a ver mis narices..., ¡al menos encima del bigote! Y desde entonces, chico, cada excursión, una paliza tremenda.

PACO.—Oye: ¿y ese morao que tienes en el ojo?

MANOLO.—Ayer, que fuimos a Torrelodones.

PACO.—¿Y ese arañazo de la calva?

MANOLO.—Una excursión al Club Alpino. Nos dedicamos al patín, me deslicé un poco, y cómo me pondría la cara de golpes que por la noche fuí a la Peña y si no enseño el carné no me dejan entrar. ¡No me conocieron!

PACO.—¡Para que te fíes de las tontas!

MANOLO.—No sé si te he dicho que yo soy muy bruto...

PACO.—No, creo que no me lo has dicho; pero no hace falta.

MANOLO.—Bueno, pues me gana. Y el caso es que yo no sé lo que tienen los golpes de una mujer, que..., vamos, que interesan de un modo que...

PACO.—¡Veo que te quieres vengar de esa criatura!...

MANOLO.—¡Y hasta puede que me case!

PACO.—¡Hombre, no seas cruel!... ¡Es demasiado!... *(Mirando primera izquierda.)* ¡Mira, ahí la tienes!

MANOLO.—¡Y qué elegante viene! Está que chilla de bonita. *(Paco vase por el foro.)*

ESCENA VII

FINITA, NELA, INVITADA 1.ª, IDEM 2.ª, POLLO 1.º, IDEM 2.º, MANOLO, por la primera izquierda.

INVITADA 1.ª—Sí, sí..., vamos a refugiarnos aquí.

INVITADA 2.ª—¡Ay, está esto simpatiquísimo!

POLLO 1.º—Y cabemos toda la pandilla.

NELA.—Verdaderamente, es que no se puede andar por ninguna parte.

FINITA.—*(A un criado que ha salido tras ellos.)* Francisco: tráiganos aquí los aperitivos y lo que queráis. ¿Qué queréis?

INVITADA 1.ª—Yo quiero un «whisky».

NELA.—Yo, dos.

POLLO 1.º—A mí, un «Gem-Fjis».

INVITADA 1.ª—Yo, oporto.

POLLO 2.º—A mí, un Martini.

FINITA.—*(A Manolo.)* ¡Hola!... ¿Tú no quieres nada?

MANOLO.—Arnica.

FINITA.—¿Cómo vas de esas lesiones?

MANOLO.—Convaleciendo.

FINITA.—¡Ja, ja, ja! *(Quedan hablando aparte.)*

NELA.—¡Ah! ¿Sabéis la noticia del día?

TODOS.—¿Qué?... ¿Qué?...

NELA.—Que el Papa les ha anulado el matrimonio a los La Higuera.

POLLO 1.º—¡Atiza!

INVITADA 1.ª—Sí, me han dicho que se lo ha arreglado un abogado francés especialista en anulaciones. Lleva cuarenta y dos este año, y a precios baratísimos.

INVITADA 2.ª—Mamá creo que ha recibido ayer una circular.

POLLO 2.º—Oye: ¿y qué les pasaba a los La Higuera?

NELA.—Pues el marido, que era un crepuscular.

INVITADA 1.ª—Oye: ¿y qué es eso?

NELA.—Pues uno de esos señores que desaparecen a las seis de la tarde y no se les vuelve a ver hasta las nueve de la noche.

POLLO 1.º—Sí, las horas turbias. ¡Y se acabó el matrimonio La Higuera!

NELA.—Se acabó. Pero lo gracioso es que como Quinito la Higuera es tan bruto que no tiene ortografía, al comunicarle a sus padres la anulación les escribió diciendo: «... y menos mal que no hemos tenido higos».

INVITADA 1.ª—¡Ay, higos!

POLLO 2.º—¡Pero qué La Higuera! *(Siguen hablando y riendo en voz baja. El Criado, que ha salido, les sirve los aperitivos.)*

MANOLO.—¿De modo que desde que empezó la bulla...?

FINITA.—Pues ahí en la rotonda he estado; sino que nos hemos tenido que venir, porque Quinito Carvalloris se empeñó en contarnos un cuento no apto para señoritas, y había tantas chicas que no cabíamos...

MANOLO.—Fina...

FINITA.—¿Qué?

MANOLO.—Que cada día estás más mona.

FINITA.—Oye: por lo que más quieras, Manolo, cambia de piropo y no me llames mona...

MANOLO.—Pues...

FINITA.—Sí, porque como andas diciendo que buscas en el matrimonio un retiro, todo el mundo me llamará la mona del Retiro, y francamente...

MANOLO.—Es que estás bestial de guapa, Fina...

FINITA.—Y ahora lo notas...

MANOLO.—¡Es que cada bofetada me gusta más!

FINITA.—Claro, que me voy entrenando.

MANOLO.—*(Iniciando el mutis por la primera izquierda.)* ¡Qué manitas! ¡Qué deditos!

FINITA.—¡Por Dios, suelta, que nos van a ver!

MANOLO.—¡Es que me los comía! *(Hacen mutis. A poco suena una bofetada.)*

CRIADO.—*(En escena.)* Voy.

MANOLO.—*(Sale dolorido con la mano en la cara.)* No, no vaya usted. Y menos con bocadillos. Saldrá aturdido. Esto es demasiado. ¡Me caso con ella! ¡No encuentro otra venganza! *(Vase por el foro. Se oye música.)*

POLLO 1.º—Oye, que tocan, que tocan...

TODOS.—¡A bailar! ¡A bailar! *(Vanse por la primera izquierda.)*

NELA.—¡Qué felices son ¡Y ese bruto sin venir!... No, pues como tarde en hacer las paces, sorteo y le digo que sí a uno de los cinco. No me conoce. *(Enciende un cigarro y se va por la primera izquierda.)*

ESCENA VIII

MILA y PACO, por el foro.

MILA.—¡Ay, Paco, qué tarde tan dichosa estoy pasando!...

PACO.—Y yo, Mila.

MILA.—Mira, tu medalla con la fecha de hoy, día memorable en los fastos de nuestra vida.

PACO.—De brillantes, que son de amor, y de rubíes, què son pasión; para que veas lo que soy yo. Veinte mil pesetas me ha costado.

MILA.—¿Y por qué veinte mil pesetas?
PACO.—No he querido que te gastaras más.
MILA.—¡Ah, qué mirado eres en todo!
PACO.—¡Carácter!
MILA.—Y qué, Paco, ¿me encuentras bien?
PACO.—Bien..., ¿y tú?..., ¿y tú a mí?
MILA.—¡Mejor que siempre!... ¡Ay, Paco, me siento la criatura (y perdona lo de criatura) más feliz de la Tierra. Oye: y ¿por qué me has sacado aquí?... Me has dicho que algo importante...
PACO.—Sí, Mila, temo...
MILA.—*(Con premura.)* ¿Qué temes?
PACO.—Temo algo contra mí, y necesito de tus labios afirmaciones categóricas.
MILA.—Dime.
PACO.—¿Tú me quieres, Mila?
MILA.—¡Como no he querido a nadie!
PACO.—¿Y no me dejarás de querer?
MILA.—¡Jamás!
PACO.—¿Pase lo que pase y oigas lo que oigas?
MILA.—Pase lo que pase y oiga lo que oiga... Pero, ¿lo dudas?... ¡Antes me mataré que dejarte!... ¿Quieres más?...
PACO.—Basta.
MILA.—¿Y tú?
PACO.—Lo mismo digo. *(Aparte.)* Son míos. ¡A las ocho, en casa del notario!...
MILA.—Y siempre en tu corazón. No vienen. *(Pone la cara como pidiendo un beso.)*
PACO.—*(Apartándola.)* Sí, parece que oigo... *(Vanse por el foro.)*

ESCENA IX

GLORIA y ALFREDO, por la primera izquierda.

GLORIA.—¡Qué miserable! ¡Qué criminal! ¡Bueno, esto de mamá es tristísimo!
ALFREDO.—¡A mí me produce un sentimiento de angustia inexplicable!

GLORIA.—Pensar que toda esa ilusión, más triste por tardía, se ha de ver deshecha dentro de un momento... ¡Y pensar que tengo que ser yo, su propia hija, la que destruya sus ilusiones para siempre!...

ALFREDO.—¡Sí, es una verdadera tragedia!... ¡Una tragedia de la que sólo puede culparse a las endemoniadas costumbres de vuestro mundo! ¡Porque aquí en España, hay que decirlo claro, cuando una familia tiene más de un millón de pesetas, las hijas ya no pueden elegir libremente al hombre con quien han de unirse para siempre!... El matrimonio se convierte en una pequeña operación aritmética... Dos más dos, igual a cuatro... Pero como el corazón no sabe matemáticas se queda al margen, un día reclama lo suyo y hay que dárselo ilegalmente, y sobreviene el sainete, el drama, la tragedia..., según el temperamento de los protagonistas.

GLORIA.—Tienes razón... El amor de mamá a destiempo; el amor de mi hermana, calculado y ambicioso...

ALFREDO.—Ninguna de las dos puede ser feliz. La juventud y la vejez no emparejan. Una loca ilusión les da visos de posibilidad en un momento de insensatez; pero la vida, inexorable, impone las realidades y trae la verdad cruel.

GLORIA.—Por eso he querido salirme un poco de este mundo; ser algo por mí misma y para mí misma; escoger libremente mi cariño, para que sea como un resplandor que ilumine todas mis horas. Con esto no quiero dar una lección a nadie: pero dejo la huella en un camino; la que quiera, que la siga.

ALFREDO.—Tienes razón, Gloria de mi alma. El dinero se gana y se pierde cada día; el amor no viene a nuestro corazón cuando nos hace falta, sino cuando la juventud lo eligió con fe y lo mantuvo con ternura.

GLORIA.—Cuando no es un negocio, sino un sentimiento; pero todo esto no disminuye mi dolor cuando pienso que voy a causarle a mamá una

pena tan amarga; a ella, que tan buena ha sido siempre conmigo. *(Llora.)*

ALFREDO.—Bien, bien; pero no te hagan vacilar las lágrimas...

GLORIA.—Tienes razón; no retrasemos el instante cruel.

ALFREDO.—Pues si te parece, siguiendo el plan que te indiqué, vamos a llamar a don Cipriano, el tío de ese canalla, y sepamos si es cómplice o víctima de semejante bribón.

GLORIA.—Sí, vamos a llamarle... Mira, me tiembla la mano. *(Toca el timbre.)*

ALFREDO.—Yo también estoy nervioso.

CRIADO.—*(Aparece.)* ¿Llamaba la señorita?

GLORIA.—Sí. Haga el favor de decir reservadamente a don Cipriano, el tío del señorito Paco, que tenga la bondad de venir un momento. *(Vase el Criado.)*

ESCENA X

GLORIA, ALFREDO y DON CIPRIANO.

GLORIA.—¿Qué será este señor?... ¿Será un farsante?... ¿Será un...?

ALFREDO.—¡Pronto lo hemos de ver!... Desde luego, es un señor extraño que...

GLORIA.—¡Calla; él!

DON CIPRIANO.—*(En la puerta.)* Un amable sirviente me ha indicado que se solicitaba mi humilde presencia aquí.

GLORIA.—Yo no sé si usted recordará, señor Crespo... *(Le da la man.)*

DON CIPRIANO.—Sí, Glorita, por Dios; ayer fuí presentado a usted en una breve entrevista; pero, sin embargo, la recuerdo perfectamente. No es olvidable su atractiva estética...

GLORIA.—Muchas gracias. El señor Martínez...

DON CIPRIANO.—Le homenajeo mi profundo respeto. *(Reverencia y mano.)*

GLORIA.—Pues usted perdone, señor Crespo, que le hayamos molestado.

DON CIPRIANO.—¡Calle, por Dios! Tengo un honor inmerecido en rendirles mi humilde si que devota atención. Ordenen y manden.

ALFREDO.—Agradecidísimos a su expresiva bondad. Y previamente hemos de suplicarle que nos perdone si en el curso de esta breve conferencia le producimos alguna inquietud.

DON CIPRIANO.—¡Caracolas!... Y perdonen que feminice mis exclamaciones; así las elegantizo, al par que las resto iracundia. ¿De qué se trata?

GLORIA.—¿Tiene la bondad de sentarse?

DON CIPRIANO.—Con licencia. *(Se sienta en el filo de una silla.)*

GLORIA.—En toda, si quiere. Estará más cómodo.

DON CIPRIANO.—Tanta bondad... *(Se sienta bien.)*

GLORIA.—Pues le hemos molestado, señor Crespo, porque se trata de algo que interesa al honor y al prestigio de mi casa y de los míos en términos de verdadera gravedad.

DON CIPRIANO.—¡Córcholas!... *(Se acerca con la silla.)* ¡Estoy con el alma en una hebra!

ALFREDO.—Pues vamos al asunto concretamente.

DON CIPRIANO.—De no administrarme con celeridad un poco de tila, lo suplico; porque las palpitaciones me van a romper el cristal del reloj... *(Anhelante.)* Díganme.

GLORIA.—Señor Crespo, y usted perdone la impertinencia de la pregunta: ¿qué idea tiene usted de su sobrino Paco?

DON CIPRIANO.—Pues..., una idea vaga, señorita.

ALFREDO.—No va usted mal.

DON CIPRIANO.—Vaga en el sentido más exacto; una idea inconcreta, mejor. No hay que olvidar que es un pariente lejano mío, que incluso nació fuera del pueblo que, por consecuencia, es un chico que sólo hemos tratado en una o dos ocasiones brevísimas.

GLORIA.—¿Y nunca habían llegado a usted rumores de su conducta?

DON CIPRIANO.—No. Yo había oído contar ciertas

ligerezas sin gravedad, que disculpa la juventud; pero nada más. Pasó sus penas, quedó huérfano, le atormentaron algunas calamidades..., sin que jamás nos molestara. Pero hace escasamente un mes recurrió a mí como persona más caracterizada de su familia; me habló de su boda con una título del reino (su señora mamá); me habló de doce a catorce millones... de su señora mamá; de palacios y automóviles... de su repetidamente citada señora mamá. Y, claro, entre todo esto suplicaba al que narra que le prestase la sombra honorable de su decoro y de su honradez.

ALFREDO.—¿De modo que usted apadrina a su sobrino porque le cree un caballero perfectamente correcto?

DON CIPRIANO.—*(Levantándose, con gravedad.)* ¡Ah, desde luego! Yo soy un hombre de bien; pero de arriba abajo. Claro que la extensión no es mucha; pero une usted a mi talla menguada la de la torre Eiffel, y sigo siendo correcto de arriba abajo: trescientos y pico de metros.

GLORIA.—Así lo hemos creído.

DON CIPRIANO.—Con absoluta justicia. Pregunte usted en mi pueblo. Allí hay una frase proverbial. Cuando quieren ensalzar a un conterráneo dicen: «Es más honrado que don Cipriano.» Y esa frase es como un honor, como una condecoración que luzco yo con orgullo, no jactancioso, pero sí altivo, porque es el premio que le dan los míos a una vida intachable.

GLORIA.—*(A Alfredo.)* Como lo suponíamos.

DON CIPRIANO.—De mi idiosincrasia dará fe mi anecdotario. Cómo seré, que una vez di sin querer en el estanco un duro sevillano y me tuvieron que poner veinticuatro sinapismos del disgusto .

ALFREDO.—¡Caramba, pues si llega a ser falso...!

DON CIPRIANO.—Si es falso me da una hemoptisis, ya lo dijeron los médicos. Yo me llamo Cipriano Crespo, y sospecho que soy pariente del alcalde de Zalamea.

ALFREDO.—Pero ¿usted cree que ha existido el alcalde de Zalamea?

DON CIPRIANO.—Si no ha existido, ha debido existir, y si no fuera pariente mío, pudo serlo. Y esta sospecha me hace ser un idealista práctico.

GLORIA.—¡Idealista práctico! ¡Qué cosa más antagónica!

DON CIPRIANO.—En efecto, así es; pero yo me hago ilusiones prácticas. Creo que soy pariente de un héroe, y le imito: lo de ser pariente es la ilusión, lo de querer imitarle es lo práctico. Porque si todos hiciéramos lo mismo, las grandezas de las figuras literarias o legendarias, alguna vez, al humanizarse, se harían prácticas y eficaces en sus imitadores.

ALFREDO.—Es usted admirable.

DON CIPRIANO.—Honrado nada más. Ordenen y manden. *(Se sienta.)*

GLORIA.—Pues nada, don Cipriano: cuanto descubrimos de la personalidad de usted, tan clara y tan recta, nos anima a la grave confidencia que queremos hacerle...

ALFREDO.—Usted nos puede ayudar a que no se cometa en esta casa un atropello canallesco.

DON CIPRIANO.—*(Que, intrigado, se sienta cada vez más en una punta distinta de la silla.)* ¡Carámbalas!... Pero ¿qué dicen ustedes?

GLORIA.—Don Cipriano, su sobrino de usted no es una persona correcta.

DON CIPRIANO.—¡Redocena!

ALFREDO.—¡Es un fresco!

DON CIPRIANO.—¿Cómo fresco?... ¿Quiere usted decir acaso que mi sobrino en lo atañente a su temperatura moral...?

GLORIA.—Está bajo cero.

ALFREDO.—Perdone usted, don Cipriano; pero como sinvergüenza, ¡tiene el tamaño de un zepelín!

DON CIPRIANO.—¡Rediez!..., y disculpen que la sorpresa reste unidades a mi exclamación... ¿De modo que quieren ustedes decirme...?

GLORIA.—Que su sobrino ha engañado a mamá, mintiéndola un cariño que no puede existir. Mamá linda en los cincuenta y seis...

DON CIPRIANO.—¡Cincuenta y seis, y dice que linda!...

ALFREDO.—Y sepa usted que sólo se propone explotarla para disponer y gozar de su fortuna.

DON CIPRIANO.—¡Recórcholas!... Poco a poco, señores. *(Se levanta.)* Esas afirmaciones calumniosas...

ALFREDO.—Son la verdad.

DON CIPRIANO.—La verdad no es verdad cuando hiere a otro y no está comprobada.

GLORIA.—¿Y qué más comprobación quiere usted que le demos, sino asegurarle que actualmente, a pesar de que está negociando (porque ésa es la palabra), negociando su matrimonio con mamá, sigue viviendo con una mujer, con la que hace vida marital y de la que tiene dos hijos?

DON CIPRIANO.—¿Dos vástagos?...

ALFREDO.—Y lo que venga.

DON CIPRIANO.—¡Mi honorable y fallecida madre!... Pero ¿qué me dicen ustedes?... ¿Esas villanías mi sobrino? ¡Ah, no, no!... Tengamos calma. Señores, yo no creo hasta que compruebo. Mi sobrino no ha perdido un ápice de mi estimación hasta que yo me cerciore de los extremos que se me denuncian. Pero que como sea verdad, las narices de mi sobrino baten el «record» de la inflamación, ¡eso es ancestral!... Con el permiso de ustedes. *(Toca el timbre.)*

GLORIA.—¿Qué va usted a hacer?

DON CIPRIANO.—¿Cómo que qué voy a hacer?... Pues notificar a su señora mamá lo actuado.

GLORIA.—¡No, por Dios! A mamá no le dé usted ese susto así de pronto.

DON CIPRIANO.—¿Es que se me ha dado a mí en dosis?... A mí se me ha dicho que mi sobrino es un sinvergüenza más grande que un zipelín, y un zipelín no es una píldora, señorita.

CRIADO.—*(Apareciendo.)* ¿Llamaban los señores?

DON CIPRIANO.—A la señora condesa, que tenga la bondad de personarse. Encarézcale la celeridad y participele la procedencia del encarecimiento.

CRIADO.—¿Este señor quiere decir que la llame?

ALFREDO.—Una cosa así. *(Vase el Criado.)*

GLORIA.—Pero, ¡por Dios, don Cipriano, yo ruego a usted que a mamá no le diga de pronto...!

ESCENA XI

DICHOS y MILA

MILA.—*(Muy alegre, por el foro.)* Mi señor don Cipriano...

DON CIPRIANO.—Mi señora condesa...

MILA.—Por encargo de usted, trató el criado de repetirme una cosa muy larga...

DON CIPRIANO.—Que viniera usted.

MILA.—Pues aquí me tiene.

DON CIPRIANO.—Condesa, su señora hija...

MILA.—*(Contrariada.)*—¿Tú?...

DON CIPRIANO.—... y ese honorable joven...

MILA.—*(Indignada.)* ¡Martínez!... ¿Usted en esta casa?

ALFREDO.—Señora, cuando estoy aquí comprenderá que acontecimientos graves...

MILA.—¿Y cómo se ha trevido usted a hollar...?

DON CIPRIANO.—Señora, el allanamiento de su domicilio por el señor Martínez tiene una justificación muy interesante para todos.

MILA.—Entonces, ¿el motivo por que usted me llama...?

DON CIPRIANO.—Es gravísimo.

MILA.—¿Gravísimo?

DON CIPRIANO.—Esos jóvenes acaban de asegurarme que la boda de usted con mi pariente es un timo en el que se me quiere complicar.

MILA.—*(Airada.)* ¿Es decir, que siguen vuestras intrigas repugnantes?

GLORIA.—No, mamá; sigue nuestro afán de abrir tus ojos a la realidad.

ALFREDO.—Sigue nuestro deseo de que no sea usted víctima...

MILA.—¿Y qué falta me hace a mí tanta tutela?

DON CIPRIANO.—Dicen, señora, que mi sobrino es un granuja que viene por la fortuna de usted.

MILA.—¡Infamia! ¡Mentira!

GLORIA.—Pero ¿es mentira que quiere que le cedas la mitad de tu fortuna antes de casarte?...

MILA.—Pero eso es una cosa de mi voluntad.

DON CIPRIANO—No importa. Un caballero no puede aceptar donaciones que pongan en duda el desinterés de sus afectos.

MILA.—No haga usted caso. Yo puedo disponer libremente de lo mío y darlo a los pobres.

GLORIA.—A los pobres, sí.

MILA.—Y tirarlo, si quiero.

GLORIA.—Tirarlo también; pero ¡que se lo lleve un advenedizo a título de marido de mi madre, no y cien veces no!

ALFREDO.—Y, ¡ea!, ya, señor mío, puestos en la pendiente, dígaselo usted todo.

MILA.—¿Y qué es todo? ¿Otra nueva infamia?

DON CIPRIANO.—Que aseguran, señora, que mi sobrino, aun en estos instantes que está concertando su boda con usted, ¡vive con otra mujer!

MILA.—*(Grito desgarrador.)* ¡Ah!... ¡No!... ¡Mienten!... ¡Mienten!...

DON CIPRIANO.—Una mujer a la que está unido hace varios años...

MILA.—¡Mienten!... ¡Mienten!...

DON CIPRIANO.—¡Y de la que tiene dos hijos!

MILA.—¡Ah, no!... ¡Eso no es cierto!... ¡Decidme que no es cierto! *(Llorando y desesperada.)*

GLORIA.—¡Por Dios, mamá!

ALFREDO.—¡Cálmese usted, señora!

MILA.—¡Ay, que me muero!... ¡Me quieren matar!... ¡Dígame usted que no es cierto!... *(Le zarandea.)* ¡Dígamelo usted!

DON CIPRIANO.—¡Señora, no me zarandee, que se me ha soltado el pasador del cuello!

MILA.—¡El una amante!... ¡El dos hijos!...

DON CIPRIANO.—¡Y lo que venga!

MILA.—Pero ¿va a venir algo? Pero ¿qué va a venir? ¿Qué va a venir?

DON CIPRIANO.—¡Y yo qué sé, señora!... ¡Por Dios, que me salta los botones!

MILA.—¡Ay, que no venga nada..., que yo me muero!...

GLORIA.—¡Cálmate, mamá!

MILA.—¡Que no venga nada, don Cipriano!...

DON CIPRIANO.—Pero ¿cómo lo evito yo, señora?

MILA.—Dígame usted que Paco no es capaz de esa infamia..., dígamelo usted. ¿No me ve usted sufrir?

DON CIPRIANO.—Señora, cálmese; no me arranque más botones..., y yo le juro que ahora mismo vamos a comprobar... *(Toca el timbre.)*

MILA.—¡No, no; Paco no es capaz...!

GLORIA.—¡Mamá, ese hombre es capaz de todo!

MILA.—¡Calla, hija infame! ¡Esto es lo que querías: verme morir! *(Aparece el Criado.)*

DON CIPRIANO.—A mi sobrino, que venga sin demora, que ha surgido una explosión y el caso es fulminante... *(Vase el Criado.)*

MILA.—¡Ay, Dios mío! Si esto no es verdad, querrá marcharse, huyendo de tanta infamia; y si lo es, también lo pierdo para siempre..., ¡y yo no quiero perderlo!...

GLORIA.—Déjalo, que poco pierdes.

MILA.—¡Qué bien se dice eso cuando no se quiere!

ESCENA XII

DICHOS y PACO, por el foro.

PACO.—El criado no sé qué me ha dicho de la Sociedad de Explosivos... o de que venga. No entendí bien.

DON CIPRIANO.—Sí, que pases.

MILA.—*(Desolada.)* ¡Oh Paco!

PACO.—*(Alarmado.)* Pero ¿qué ocurre?... *(A Don Cipriano.)* Tío...

DON CIPRIANO.—Aguarda, que vamos a definir.

¡No me llames tío todavía, por si dentro de un instante tengo yo que llamártelo a ti!

PACO.—¡No comprendo!...

DON CIPRIANO.—Vas a comprender. ¡Estos señores te acusan de una villanía! Tú has solicitado mi mediación, ¡la de un Crespo!, y yo no intervengo en asuntos turbios.

PACO.—¡Tío, estos jóvenes son mis enemigos irreconciliables, con su cuenta y razón!...

ALFREDO.—¿Cómo?...

PACO.—*(Sin hacerle caso.)* ¿Qué he hecho yo en esta casa?... Llenar el alma de una mujer, harta de mentiras, convencionalismos y prejuicios, de ilusiones alegres y risueñas. ¿Es cierto, Mila?

MILA.—¡Ah, sí, sí, Pancho, sí!

GLORIA.—Entonces, ¿por qué has querido obligar a mamá, antes de casarse, a que te ceda la mitad de su fortuna?

PACO.—¡Porque tengo que responder a vuestra codicia con la mía! ¿Qué pretende este señor contigo sino una cosa semejante a la de que se me acusa?

ALFREDO.—Poco a poco.

PACO.—¡Qué poco a poco!... Usted viene aquí por la fortuna de Gloria, y nada más. Seamos diáfanos. Sino que quiere usted ser solo en el disfrute, y yo le estorbo. A menos, más. Es un ingeniero.

ALFREDO.—¡Y usted, un villano! Yo amo a esta mujer con un amor desinteresado y noble, del que usted no tiene idea, y no vengo por su dinero para perderlo en una hora de ocio en la mesa de un casino extranjero o para consumirlo en una vida de dilapidación y de vicio... Se unen nuestros corazones y se asocian su fortuna y su talento a mi trabajo y a mi esfuerzo. Pero por si todo esto lo pusiera usted en duda, aún diré más: yo renuncio durante un número de años: cinco, ocho, diez, a la fortuna de Gloria y me comprometo a sostenerla con mi trabajo. ¡Haga usted un trato igual con esa señora, y no hay más que hablar!

DON CIPRIANO.—Eso está en lo justo. ¿Qué respondes a eso?

PACO.—Pues respondo que esa proposición ridícula

es una grave ofensa, que yo no le tolero a ese señor Martínez ni a nadie.

DON CIPRIANO.—¿Cómo ofensa?

ALFREDO.—¿Ofensa?

PACO.—Sí, señor; yo no tendría inconveniente en renunciar a esa fortuna si hubiese pensado en algún momento en venir por ella. Pero como a esta casa me acerca a mí un afecto digno y tan noble como el del señor Martínez, no tengo por que renunciar a nada y privar de los beneficios de su fortuna a una mujer que me quiere. Yo tengo derecho a sacrificarme; a sacrificarla a ella, ¡jamás!

MILA.—¡Muy bien, Pancho, muy bien!...

GLORIA.—Pero ¿qué hablas de amor ni de sacrificio, si estás engañando a mamá villanamente?

PACO.—¿Yo?

GLORIA.—¡Tú..., que hablas de casarte con mamá y estás viviendo indecorosamente con una mujer, de la que tienes dos hijos!

PACO.—¡Oh, qué infamia! ¡Dicen que dos hijos!

MILA.—¡Dos hijos y lo que venga, Pancho!

PACO.—No viene nada, Mila, ¡Te lo juro por mi honor!

DON CIPRIANO.—¿Es cierto eso, Paco?

PACO.—¡Tío, de mi incorrección responda usted con el cuello!

DON CIPRIANO.—¡No..., no me hables del cuello, que me trae loco!...

GLORIA.—¿De modo que te atreves a desmentirlo?

PACO.—Eso es una calumnia con la que queréis arrebatarme el cariño de tu madre... Pero ¡que no lo consigan, Mila!

MILA.—¡No, si no lo consiguen! Pero prueba tú...

PACO.—Cuanto necesites.

DON CIPRIANO.—¡Es que me han dicho que inmediatamente me lo van a demostrar!

PACO.—Que se lo demuestren. ¿A que no?

ALFREDO.—Ahora mismo. Vamos. *(Va hacia la puerta.)*

DON CIPRIANO.—¡Paco, que soy un Crespo!... ¡Que no vaya yo a buscar tu honor y me encuentre con un ama de cría!...

PACO.—¡En sus manos me entrego, tío! Si son ciertas las villanías de que me acusan, mándeme usted ahorcar, como su predecesor al capitán...

DON CIPRIANO.—Yo te salvaguardo. Si te injurian, te vengaré; si has delinquido, te ahorco. Vamos.

PACO.—¡Y tú, Mila, espera confiada! Volveré a tus manos como salgo de ellas: inocente.

MILA.—¡Y, sobre todo, que no venga nada, Paco!

PACO.—¡Vendré yo solo, más enamorado que me voy! *(A Martínez.)* ¡Y respecto a usted, ya estoy a sus órdenes para que me pruebe las infamias de que me acusa! Pero ¡antes quiero decirle que es usted un miserable, un pedante y un mamarracho!

ALFREDO.—Guarde usted esos insultos unos segundos para que pueda yo, fuera de aquí, contestarlos adecuadamente.

PACO.—Es que no me va usted a poder contestar, porque en cuanto salgamos le voy a moler a estacazos... ¡Portera!... *(Le da un empujón.)*

ALFREDO.—*(Desesperado.)* ¡Ah canalla!... ¡Dejadme!... *(Le da una bofetada.)*

PACO.—¡Lo mato! ¡Granuja! *(Se lían a puñetazos.)*

ALFREDO.—¡Miserable!

PACO.—¡Bandido!

GLORIA.—¡Por Dios!

MILA.—¡Socorro!

DON CIPRIANO.—¡Que se matan!

PACO.—*(Que lleva la peor parte.)* ¡Tío, salvaguárdeme usted! *(Le pone delante.)*

DON CIPRIANO.—¡Es que me da a mí! *(Siguen pegándose.)*

GLORIA.—¡Por Dios, Alfredo!...

ESCENA XIII

DICHOS; el MARQUÉS, DOÑA BERENGUELA, PEPA, FINITA y NELA, por el foro.

TODOS.—Pero ¿qué pasa?

MARQUÉS.—¿Qué es esto?

DOÑA BERENGUELA.—¡Dos linajes ilustres, a bofetadas!

NELA.—¡Bajad las voces!

MARQUÉS.—¡Y bajad las bofetadas! *(Desde este momento hablan todos con ira, pero en voz baja.)*

ALFREDO.—¡Canalla!

PACO.—¡Miserable! *(Siguen pegándose.)*

MILA.—¡Se matan! ¡Se matan!

PEPA.—¡Por Dios, que se va a enterar la gente!

GLORIA.—¡Por Dios, cerrad!

ALFREDO.—¡Granuja!

PACO.—¡Bandido!

DON CIPRIANO.—¡Vamos a comprobar la verdad!

DOÑA BERENGUELA.—Pero ¿cómo vas a ir con un faldón solo?

DON CIPRIANO.—¡El honor no tiene faldones! Vamos.

ALFREDO.—¡Vamos!

PACO.—¡Vamos!... *(Inician el mutis, tratando todos de contenerlos, pero hablando casi con el aliento.)*

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día.

ESCENA PRIMERA

DUQUE y DONCELLA, entrando por el foro.

DUQUE.—*(Muy sorprendido.)* Pero ¿qué me dices, hija mía; qué me dices?...

DONCELLA.—¡Ay, no sabe el señor duque cómo estamos todos desde anoche!...

DUQUE.—Creo que la señora condesa...

DONCELLA.—¡Se puso malísima con el disgusto!... ¡Quién iba a esperar semejante cosa del señorito Paco!...

DUQUE.—Absurdo, absurdo...

DONCELLA.—Y, claro, a la señora condesa de que se lo dijeron, pues que le dió el ataque grande, ese de los pellizcos, y me puso todo este lao *(Señala el muslo derecho.)*, que si viera el señor duque...

DUQUE.—A ver, a ver... A ver, a ver...

DONCELLA.—Pero lo mío no fué nada comparao con lo del médico, que lo cogió por su cuenta..., vamos, y le puso... Cuando lo vea el señor duque, dígale que le enseñe...

DUQUE.—No; gracias, gracias...

DONCELLA.—Si no se lo quitamos, lo ahoga.

DUQUE.—¡Caracoles!...

DONCELLA.—Como que dijo que las otras visitas se las hará por teléfono.

DUQUE.—¡Naturalmente! ¿Y se ha calmado algo la señora condesa?

DONCELLA.—No; todavía pellizca. Pase, pase el señor duque.

DUQUE.—No, no; gracias. Ya leeré el parte en la portería.

DONCELLA.—¡Y qué noche!... Toda la ha pasado en un delirio y gritando: «¡Que no venga nada! ¡Que no venga nada!»

DUQUE.—Pero ¿qué iba a venir?

DONCELLA.—¡Ay, no sé, señor duque! Pero le digo al señor duque que está una, entre el trastorno de la señora condesa y el disgusto mío, es que tiene una una cosa nerviosa que, vamos...

DUQUE.—¿Tu disgusto?... Pero ¿qué te pasa a ti, hijita?...

DONCELLA.—Pues que he regañao con mi novio.

DUQUE.—¡Ah! Pero ¿ya no te nos casas?

DONCELLA.—No, señor; ya no me les caso. No me deja mi madre.

DUQUE.—¿Y por qué?...

DONCELLA.—Porque dice que mi novio es un holgazán, que no le gusta trabajar. Y algo de eso hay. Pero es lo que él dice: «En el mundo tiene que haber de todo.»

DUQUE.—Muy sensato.

DONCELLA.—Pero mi madre está emperrada en que Dios le dijo al hombre: «Ganarás el pan con el sudor de tu frente...», y dice que a mi novio no hay quien le haga sudar ni en el verano.

DUQUE.—¡La verdad es que con eso del trabajo, Adán nos reventó, hija mía!

DONCELLA.—¡Qué tío!... ¡Podía haber mirao lo que venía detrás!

DUQUE.—Claro, porque a él le dijeron: «Trabaja»; pero se lo dijeron en el Paraíso, donde no había talleres ni oficinas, ¿verdad?

DONCELLA.—Es como si me dicen a mí que dé cera en el desierto de Sáhara... ¡Como no coma dátiles!...

DUQUE.—*(Riendo.)* ¡Huy, dátiles!... ¡Qué chiquilla esta!... ¡Tienes unas salidas!... Oye, a propósito de salidas: ¿sales el domingo?

DONCELLA.—Me parece que no me toca.

DUQUE.—Oye, rica: pues si te tocara...

DONCELLA.—¡Las señoritas!...

ESCENA II

DICHOS; FINITA y NELA, por la primera izquierda.

FINITA.—¡Ay, tío Paulito!

NELA.—¡Qué!, ¿te han dicho el trastorno...?

FINITA.—¡Estoy apuradísima!... ¡Mamá está muy grave!

DUQUE.—¡Sí, hija!... Y a mí, vuestro disgusto me tiene que estoy que no sé... ¡Ya sabéis cómo tomo yo las cosas!... ¡Y, sobre todo, las vuestras, que me interesan tantísimo!... Eso le estaba diciendo a esta criatura. *(La Doncella se retira.)*

NELA.—¡Pues si vieras a tía Mila!... ¡Da pena!

FINITA.—Está desesperada, tito. No para de arañarse.

NELA.—¡Y, claro, como le acaban de hacer la cara en París, pues se está resquebrajando toda!

FINITA.—¡Qué dolor!... ¡Veinte mil francos tirados a la calle!

NELA.—¿Quieres entrar a verla?

DUQUE.—No, hija; gracias. No quiero afligirla con mi presencia, y luego que yo no sé cómo se restaura la porcelana..., la verdad.

FINITA.—¡Ay, pero quién iba a pensar lo de Paco!... ¡Si fuera cierto!

NELA.—¡Qué estúpido!... ¡Estar manteniendo a una mujer! ¡Como está ahora la vida!

DUQUE.—¡Siempre os dije que el tal Panchito, como fresco, era el Guadarrama en abreviatura!

FINITA.—Verdaderamente, el error de mamá es de los que no tienen disculpa.

DUQUE.—Sí, hija mía; todo tiene disculpa en este mundo; lo que pasa es que tu madre se ha olvidado que el amor es una tontería que sólo se puede hacer en público de los veinte a los treinta años, y que luego hay que esconderse para hacerla.

NELA.—¡Tía Mila no ha tenido esa precaución!

FINITA.—¡Es tan ingenua la pobre!...

NELA.—Y, sobre todo, tito: que hay que tener cuidado, porque cuando se enamoran dos...

DUQUE.—Es que casi nunca se enamoran dos, hija mía. Casi siempre es uno solo el que se enamora y otro el que se aprovecha. Pues ahí está lo grave.

NELA.—Tienes razón. De cualquier manera, el amor es la cosa más cruel y que más hace sufrir en este mundo.

DUQUE.—Mujer, según el amor que sea, porque...

NELA.—Yo hablo del amor en serio, no del que se necesita para casarse, claro está. Aquí me tienes a mí, tito, que estoy temblando, y tengo una pena... ¿Se me nota que he llorado?

DUQUE.—No. ¿Pues...?

NELA.—Es que regañé con... ¿No lo sabías?

DUQUE.—No... Pero ¿cómo has dejado escapar esa proporción? ¡Tan tonto como era!

NELA.—Pues ya ves. En medio de todo, le quería yo al bruto ese.

FINITA.—Pero es lo que yo le digo, tito: ella, que es tan cristiana, ¿por qué no ofrece algo para que vuelva, verdad?

NELA.—Pero, hija, ¡si he recurrido a todo!... En un mes le he dicho que sí a tres. Le he dado celos con Emilito Conesa, con Monchito Baraja, con Quinito Calamina, y nada... Le he mandado un anónimo, pero con una caja de bombones de la Casa Hidalgo, que sé que le gusta, para que supiera que era yo... Se los ha comido, y nada... ¿Qué haría yo, tito, para que me quisiera otra vez ese animal?

DUQUE.—Pues para que te quiera ese animal y todos los animales que te admiran, no quieras tú a ninguno y aguarda.

NELA.—Pero ¿tú crees que sin querer a nadie vendrá alguno?

DUQUE.—Mujer, puede que te pase lo de aquel que pescaba truchas con mazo, que cuando le preguntaron si caía alguna, contestó: «Pocas caen; pero la que cae, la hago polvo.» Pues tú aguarda, y puede que caigan pocos; pero el que caiga...

NELA.—¡Ay tito, qué filósofo eres y qué simpático! ¿Por qué no vienes a casa de cuando en cuando para que me aconsejes y me reanimes?

DUQUE.—¡Está uno tan ocupado, hija mía!...

NELA.—*(Con malicia.)* Tenemos doncellas nuevas.

DUQUE.—¡Caray! No sabía...

NELA.—Y, además, no estamos nunca.

DUQUE.—Oye: pues mañana puede que vaya a pasar la tarde.

NELA.—A las cinco salimos.

DUQUE.—Bueno, bueno; no se me olvidará. Además, tengo que hablar con tu padre de un negocio de saltos de agua. ¿A qué hora sale tu padre?

NELA.—No sé; pero es igual. Papá ya no está para saltos... ¡Le pillan tan cansado estos asuntos!...

FINITA.—Aquí sacan a mamá, tito; si quieres verla...

DUQUE.—No, no; gracias, hija mía. No tengo los nervios para nada. Y si se agravara, me avisáis..., para no venir hasta que mejore... Adiós, nenitas...; adiós, ¿eh?

FINITA.—Te acompañamos... *(Vanse por el foro los tres.)*

ESCENA III

MILA, PEPA, DOÑA BERENGUELA y QUIQUE, por la segunda izquierda. Entre PEPA y DOÑA BERENGUELA sacan del brazo a MILA.

MARQUÉS.—*(Que los precede.)* ¡Vamos, Mila, vamos; cálmate!

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, condesa, por Dios!

MILA.—¡Ay, pero si es muy cruel lo que me pasa, muy cruel!

PEPA.—Sí; pero, por lo que más quieras, no te arañes ni te deteriores.

MARQUÉS.—Siéntate aquí. Y aparte de lo de la porcelana, que es muy atendible, sosiégate, que es que te vas a morir con esa excitación nerviosa que tienes

MILA.—*(Llorando amargamente.)* ¡Ay Quique, no! Paco no puede ser malo..., ¡no puede ser malo... Aliméntame esa esperanza.

MARQUÉS.—Sí, hijita; y no sólo te la alimento, sino que le doy aceite de hígado de bacalao para que se te fortalezca, porque la esperanza, en el pecho, es como un sostén...

PEPA.—¡No digas estupideces ni inconveniencias, hombre!

MARQUÉS.—¡Ah! Pero ¿es que la esperanza no es un sostén para que nuestras ilusiones no decaigan?... Pues sostengo que es un sostén.

MILA.—¡Ay Berenguela! ¿Y usted cree que su sobrino será capaz de haber cometido la felonía que se le atribuye?

DOÑA BERENGUELA.—Condesa, no sé. Soy la menor cantidad de tía posible. Se puede decir que he debutado con este chico, que apenas tratábamos; así es que no puedo responder. Ahora, lo que yo, desde luego, aseguro es que, si es villano, no es Coz de Jaca.

MARQUÉS.—¡Qué va a ser Coz de Jaca, señora! ¡Es coz de percherón! ¡Conozco a ese pollo!

PEPA.—Por mucho que le conozca, Quique, yo digo que Paco no es capaz de las infamias que le atribuye Martínez.

MILA.—¡No, no es posible!... ¡Martínez es un falsario! ¡Ya lo veréis!

DOÑA BERENGUELA.—Ese Martínez ¿es el joven novio de Glorita?

PEPA.—En efecto.

DOÑA BERENGUELA.—Es un muchacho muy listo, al parecer.

MARQUÉS.—Sí; al parecer, sí. Dicen que ha inventado un sistema de motores por succión para extraer el agua de los pozos; pero eso de sacar el agua de los pozos ya lo usaba Noé.

DOÑA BERENGUELA.—No; perdone, usted, marqués;

Noé no bebía más que vino, según referencias bíblicas.

MARQUÉS.—Sí, es verdad... Bueno; he querido decir su familia. ¡Qué Berenguela esta! Se sabe de memoria hasta los pámpanos más célebres de la prehistoria.

DOÑA BERENGUELA.—No, ¡por Dios!, marqués; lo que ocurre es que... *(Hablan animadamente en voz baja.)*

MILA.—*(Aparte.)* ¡Ay Pepa, Pepa! ¡Qué impaciencia tengo de que venga don Cipriano! Lo temo y lo deseo al mismo tiempo.

PEPA.—Pues verás cómo te dice que Paco es inocente.

MILA.—¿Tú crees?

PEPA.—Seguro.

MILA.—¡Ay, sí; que lo sea! Que no tenga otra; y de tener otra, que no tenga hijos; y de tener hijos, que no venga nada más, porque si viniera... ¡Ah, no quiero pensarlo, Pepa!... *(En tono amenazador.)* Porque si todo resulta cierto, yo me..., yo me...

PEPA.—¡Vamos, Mila! Pero ¿qué piensas?... ¡Por Dios, que me horrorizas!...

MILA.—¡No, no, Pepa; no!... ¡No podré sobrevivir al desengaño, no! *(Llora.)*

PEPA.—Vamos, cálmate, que ya verás cómo todo eso queda en una intriga de ese ebanista, que quiere explotar alguna antigua aventurilla de Paco.

MILA.—¡Ojalá sea así!... ¡Porque si no...! ¡Si no...!

PEPA.—Cálmate, Mila, cálmate, y vamos a tu cuarto. Necesitas tomar un calmante.

MILA.—Sí, sí...: me vibran los nervios...; me ahoga el corazón... Quiero echarme...

PEPA.—Sí, Mila; anda, anda, que ahora voy. *(La acompaña hasta la puerta. y retrocede. Mila entra por la segunda izquierda. Pepa lleva aparte al Marqués y habla con él en voz baja.)* Bueno, Quique: que te veo muy amartelado con esa señora visigoda...

MARQUÉS.—¡Por Dios, Pepa, más bajo, no sea que...!

PEPA.—Supongo que no le irás a hacer el amor

para estar luego pidiéndole a Dios que te diga que no.

MARQUÉS.—Pepa, Pepa, no me denigres por una injusta sospecha que...

PEPA.—Yo lo que te ruego es que no metas la patita y nos compliques la tragedia que puede ocurrir; porque te advierto que Mila está para hacer un disparate.

MARQUÉS.—¿Crees tú?

PEPA.—Pero un disparate muy gordo. Quiera Dios que venga don Cipriano y aclare el horizonte, porque si no... Y respecto a esa señora...

MARQUÉS.—No la ofendas.

PEPA.—No me he fiado nunca de esas que están casadas con un comino y llevan raya en medio.

MARQUÉS.—¡Pero, Pepa, por Dios, si es una señora que no levanta los ojos del suelo!...

PEPA.—Es que si los levantara, no vería al marido.

MARQUÉS.—Pepa, eres tan irónica como cáustica.

PEPA.—Y tú, tan caótico como estúpido. *(Vase sonriendo y haciendo una graciosa reverencia a Doña Berenguela.)*

ESCENA IV

DOÑA BERENGUELA y el MARQUÉS.

DOÑA BERENGUELA.—¡Qué simpática es su señora de usted!

MARQUÉS.—Algo esdrújula, pero muy simpática.

DOÑA BERENGUELA.—Parece un pedazo de pan.

MARQUÉS.—Un mendruguillo, como yo la llamo.

DOÑA BERENGUELA.—¿Es usted aficionado a los diminutivos cariñosos?

MARQUÉS.—¡Oh, mucho!... Yo creo, Berenguela, que el diminutivo nos ayuda a achicar todo lo malo que nos rodea.

DOÑA BERENGUELA.—Sí; es como volver al revés los gemelos de la vida.

MARQUÉS.—Exacto. Mirar un animal y ver un ani-

malito... Mirar uno a su mujer y no verla casi... ¡Verdaderamente, es muy consolador!

DOÑA BERENGUELA.—¡Oh, qué ingenioso es usted, marqués!

MARQUÉS.—¡No, por Dios!... En cambio, Berenguela, con usted no sabe uno a qué carta quedarse, si al diminutivo o al aumentativo.

DOÑA BERENGUELA.—¿Pues...?

MARQUÉS.—Sí; porque le mira a usted uno los ojos, y no son ojos, ¡son ojazos!

DOÑA BERENGUELA.—*(Sonriendo, complacida.)* ¡Ay marques!

MARQUÉS.—Pero le mira a usted uno la boca, y no es boca, ¡es cerecita!

DOÑA BERENGUELA.—*(Con coquetería.)* ¡Marqués, por Dios!...

MARQUÉS.—Y con ese aumentar y disminuir, la admira a usted uno en su totalidad, y es usted un paraíso terrenal, del que si llego yo a ser Adán, no me echan ni a puntapies.

DOÑA BERENGUELA.—¡Ay marqués, es usted de un humorismo tan jocundo como varío! Me recuerda usted los grandes ingenios del siglo diecisiete: don Juan de Tarsis...

MARQUÉS.—De Taxis, querrá usted decir.

DOÑA BERENGUELA.—No, de Tarsis; me refiero al siglo diecisiete.

MARQUÉS.—¡Ah, sí, es verdad; que entonces no los había de cuarenta! Y que, Berenguela, ¿le va a usted gustando Madrid?

DOÑA BERENGUELA.—¡Oh, Madrid!... ¡Madrid, para mí, marqués, es el cenit de mis ideales! Mi ilusión fué siempre vivir entre las Ceruas y Albornoces, Carrillos, Esquiveles y Pulgares, Azlores y Mendozas...; pero el Destino manda, y ya ve usted qué vida tan distinta la mía allá en el pueblo, porque como mi marido es registrador y yo le ayudo, pues no salgo del Registro.

MARQUÉS.—¡Pues si se quedara usted en Madrid, ya procuraríamos que no lo echara de menos, Berenguela!

DOÑA BERENGUELA.—¡Oh marqués!

MARQUÉS.—Y usted no tendrá hijos, ¿verdad?

DOÑA BERENGUELA.—Sí, señor; ya lo creo. Tengo once.

MARQUÉS.—¡Canario!

DOÑA BERENGUELA.—Nueve niñas y dos niños.

MARQUÉS.—Nadie lo diría. ¿Y cómo no han completado la docena?

DOÑA BERENGUELA.—Es que no hace más que once años que somos casados.

MARQUÉS.—¡Vaya una fatalidad! ¡Un hijo cada año!... Pero ¿es que no hay «cine» en el pueblo?

DOÑA BERENGUELA.—Sí; pero nosotros no vamos más que a los vermús.

MARQUÉS.—¿A los vermús? Claro; ahora me explico...

DOÑA BERENGUELA.—Conque ya ve usted si tiene descendientes nuestro linaje.

MARQUÉS.—¡Ya lo creo!... ¡Qué cantidad de Coces!...

DOÑA BERENGUELA.—Nos hubiera dolido no haber tenido quien hubiese heredado los cuarteles de nuestro escudo.

MARQUÉS.—Claro. Y ahora habrán destinado ustedes uno de los cuarteles para los niños. Es natural.

DOÑA BERENGUELA.—¡Qué marqués este!... ¡No he conocido persona más epigramática!

ESCENA V

DICHOS y DON CIPRIANO, por el foro.

MARQUÉS.—*(Muy insinuante.)* ¡Ni yo he conocido mujer más atractiva ni encantadora!

DON CIPRIANO.—*(Que se detiene terriblemente sorprendido al ver el grupo y oír las palabras del Marqués.)* ¡Porra!

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, marqués, que no rebase la galantería los límites adecuados!

MARQUÉS.—Berenguela, tiene usted nombre de golosina...

DON CIPRIANO.—*(Aparte.)* Pero ¿qué dice este cigüeño?

MARQUÉS.—De golosina *(Muy acentuado.)* ¡que yo me comería! *(Pretende cogerle la mano.)*

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios!... *(Le rechaza.)*

DON CIPRIANO.—¡Alto allá, marqués!

MARQUÉS.—*(Con terror.)* ¡Mi malograda abuela!

DOÑA BERENGUELA.—¡Cipriano! ¿Tú?

DON CIPRIANO.—Servidor.

MARQUÉS.—¡Qué sorpresa tan grata! *(Aparte.)* ¿Me habrá oído?

DON CIPRIANO.—*(Que avanza muy serio.)* ¿Tiene usted la bondad, marqués, de decirme qué era eso de comerse...?

MARQUÉS.—Pues eso de comerse era... *(Aparte.)* ¡Me ha oído!

DON CIPRIANO.—¿Qué era?

MARQUÉS.—No se alarme usted, mi querido amigo; eso era..., era que habíamos abordado el tema culinario..., hablábamos de platos regionales... Yo me pronuncié por la paella, y en ese momento...

DON CIPRIANO.—Pues pa ella o pa lo que sea, con mi señora bromitas de carácter gastronómico, no.

MARQUÉS.—Pero, mi querido amigo, ¿ha podido usted sospechar...?

DON CIPRIANO.—¡Bromitas de carácter gastronómico, no!

DOÑA BERENGUELA.—Pero ¡por Dios, Cipriano, no me conoces!

DON CIPRIANO.—A ti, sí.

DOÑA BERENGUELA.—¿Entonces?...

DON CIPRIANO.—Pero al señor, no; y, por lo visto, le gusta el arroz .

MARQUÉS.—Sí; pero vamos...

DON CIPRIANO.—Y yo sentiría mucho que hoy o mañana hubiese en esta casa arroz y gallo muerto. Y no digo más.

MARQUÉS.—*(Aparte.)* ¡Caray, ni falta que hace! *(Alto.)* Después de todo, yo creo que una ligera broma no ofende a la... Berenguela... Señor Crespo...,

lamento que la... *(Aparte.)* ¡Canario, que este tio es el alcaide de Zalamea, o, por lo menos, el alguacil. *(Se va, haciendo reverencias atropelladamente, y se enreda en la cortina.)* ¡Caray! Pero ¿por que pondrán paños delante de las puertas? *(Una última reverencia y se va por la primera izquierda.)*

ESCENA VI

DOÑA BERENGUELA y DON CIPRIANO.

DON CIPRIANO.—*(Iracundo.)* ¡Estoy por darle una bofetada!...

DOÑA BERENGUELA.—No, Cipriano; piensa que esa bofetada me ofendería a mi.

DON CIPRIANO.—Eso me detiene. *(Amenazador.)* Si no...

DOÑA BERENGUELA.—Además, no olvides que es un Diaz de Diaz y Diaz...

DON CIPRIANO.—Pues es un tio que me carga más cada Diaz, qué quieres que te diga. Y como vuelva a permitirse contigo la más ligera broma...

DOÑA BERENGUELA.—Cálmate, ¡por Dios!, Cipriano. Dulce, me halagas; iracundo, me sobrecoges.

DON CIPRIANO.—¡Perdóname, Berenguela de mi alma! Pero es que además traigo un pisto...

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, no digas pisto, que es muy plebeyo!

DON CIPRIANO.—Bueno. ¡Pues traigo una ensalada rusa de ira, de indignación, de vergüenza, de asco, de coraje!...

DOÑA BERENGUELA.—*(Horrorizada.)* ¡Entonces, es que tu sobrino...!

DON CIPRIANO.—¡No me hables de ese reptil inmundo! ¡Y como he resuelto no tener ni un dia más en mis honradas venas ni una sola gota de su sangre villana, me voy a hacer la transfusión!

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, Cipriano! Pero ¿qué culpa tiene tu sangre?...

DON CIPRIANO.—¡Sí..., me la transfusiono! ¡No dudes que me la transfusiono, Berenguela!

DOÑA BERENGUELA.—¿De modo que ha resultado un canalla?

DON CIPRIANO.—¡Un timador de la peor especie!

DOÑA BERENGUELA.—¡Santo Dios!

DON CIPRIANO.—¡Don Alfredo Martínez, el novio de Glorita, me ha demostrado hasta la saciedad que Paco es un bandido! ¡Ha engañado a esta noble dama, y su proyectado matrimonio tenía todos los caracteres de un timo!... ¡De un timo repugnante!...

DOÑA BERENGUELA.—¡Qué horror!

DON CIPRIANO.—¡Ahora, figúrate lo que estos señores, lo que todo el mundo podrá pensar de nosotros!

DOÑA BERENGUELA.—¡Jesús!

DON CIPRIANO.—Quizá que somos cómplices..., que veníamos de acuerdo con ese miserable a...

DOÑA BERENGUELA.—*(Desfallecida.)* ¡Calla, por Dios!

DON CIPRIANO.—¡Yo, un Crespo!... ¡Un hombre de bien, digno y honrado entre los que más!...

DOÑA BERENGUELA.—¡No te afectes, Cipriano!

DON CIPRIANO.—No puedo por menos, Berenguela. Pueden sospechar justamente de nosotros, y esa sospecha infamante... me sonroja y me avergüenza...

DOÑA BERENGUELA.—¿Y qué has hecho con ese malvado?

DON CIPRIANO.—Por lo pronto, darle una de bofetadas que le he puesto la cara que parecía que acababa de salir de un sanatorio. Y luego... le he dicho que se matara inmediatamente. Le he propuesto el cianuro; me ha dicho que no le gustaba. Le he propuesto el estrellamiento en la vía pública; le ha parecido peligroso para los transeúntes... Le he dicho que se pegara un tiro; me ha contestado que eso le gustaba mucho, pero que carecía de pistola. Le he dado veinticinco duros para que se comprara una, y hoy, dentro de veinte minutos, hemos quedado en que vendrá al portal de esta casa a hacerse

justicia, para que pueda yo, sobre su cadáver, jurar a estos señores mi completa inocencia.

DOÑA BERENGUELA.—¿Y tú crees que vendrá?

DON CIPRIANO.—Si no viene él, iré yo a matarlo y lo traeré. Tengo encargado el furgón. Los Crespos somos trágicos, pero ejemplares.

DOÑA BERENGUELA.—¡Dios mío, y esta pobre señora en cuanto sepa...! ¡Se va a morir!

DON CIPRIANO.—Eso me temo.

DOÑA BERENGUELA.—¿Por qué no la ocultas...?

DON CIPRIANO.—¿Ocultarla yo nada de esta infamia para que la sospecha se haga más verosímil?... No, Berenguela; yo no oculto nada. Oirá toda la verdad de mi boca; y si se muere en los brazos, soy capaz de seguirle refiriendo en los recordatorios hasta los más mínimos detalles para demostrar mi inocencia.

DOÑA BERENGUELA.—Bueno; pero siquiera díselo de cierto modo para que la impresión...

DON CIPRIANO.—Sí; eso, sí. Se lo narraré con todas las sutilezas y eufemismos que consienta la estricta verdad; pero nada más.

DOÑA BERENGUELA.—Calla, que parece... *(Se acerca a la primera izquierda.)* Sí, ella es.

DON CIPRIANO.—Pues déjanos.

DOÑA BERENGUELA.—¡Por Dios, Cipriano, poco a poco!...

DON CIPRIANO.—Poco a poco, pero ce por be.

DOÑA BERENGUELA.—Sin embargo...

DON CIPRIANO.—Ce por be.

DOÑA BERENGUELA.—Si se excita, súbete el cuello porque la corbata...

DON CIPRIANO.—Descuida. Me he puesto tres sujetadores. Estoy en todo. *(Vase Doña Berenguela por el foro.)*

ESCENA VII

DON CIPRIANO y MILA

MILA. — *(Anhelante, por la primera izquierda.)* ¡Don Cipriano!...

DON CIPRIANO.—Condesa...

MILA.—¡Perdone usted que le aborde aquí mismo; pero estoy impaciente. deseosa de salir de este infierno de dudas que torturan mi corazón desde anoche!

DON CIPRIANO.—Me hago cargo, señora.

MILA.—*(Con ansiedad.)* ¿Y qué, qué?... ¿Le puedo llamar a usted tío, o he de limitarme a un Cipriano escueto?

DON CIPRIANO.—*(En tono dramático.)* Ni tío, porque no lo soy, ni Cipriano, porque no quisiera serlo.

MILA.—*(Como enloquecida.)*—¿Cómo?...

DON CIPRIANO.—Ni tío, porque no lo soy, ni Cipria...

MILA.—¡No!... Digo que entonces Paco...

DON CIPRIANO.—Es un sinvergüenza.

MILA.—*(Aterrada.)* ¡Ah, no!... ¡No puede ser!

DON CIPRIANO.—Es un sinvergüenza de las proporciones de un montgolfier..., y perdone usted el símil aerostático; pero es que al comprobarlo le di un puntapié que no sé si habrá aterrizado todavía...

MILA.—¡Dios mío!... Entonces, ¿su engaño...?

DON CIPRIANO.—Manifiesto.

MILA.—¿Y cuanto dijo Alfredo...?

DON CIPRIANO.—Exacto.

MILA.—¿Tiene dos hijos?

DON CIPRIANO.—¡Y otro en camino!

MILA.—¡Oh Dios mío!... ¡Ay, que me muero!... ¡Ay don Cipriano, que me da el ataque!... *(Le zarandea, le tira de la corbata.)*

DON CIPRIANO.—Tire usted, que hoy no sale.

MILA.—*(Con ira.)* Entonces dígamelo usted todo:

esa mujer con la que vive es... *(Con amargura.)*, ¿es más joven que yo?

DON CIPRIANO.—Poco más. Tendrá unos veintiocho años.

MILA.—Y diga usted: ¿es guapa?

DON CIPRIANO.—Bastante.

MILA.—*(Desesperada.)* ¡Ah!...

DON CIPRIANO.—Pero, vamos, no me haga usted caso. Uno, como viene de provincia, todo le gusta.

MILA.—¿Y es rubia o morena?

DON CIPRIANO.—Morena, alta, esbelta, un poco chatilla...

MILA.—¡Chatilla!... ¡Ah, qué asco!

DON CIPRIANO.—Una porquería.

MILA.—¿Y esa miserable estaba enterada...?

DON CIPRIANO.—De todo.

MILA.—¿Y cómo consentía...?

DON CIPRIANO.—El le había prometido, para que le dejara celebrar el matrimonio con usted, regalarla un hotel en la Ciudad Jardín, un automóvil, una renta y casarse con ella cuando..., cuando...

MILA.—¿Cuándo?

DON CIPRIANO.—Cuando... pudiera.

MILA.—*(Aterrada.)* ¿Es decir, cuando yo...? ¡Qué horror!

DON CIPRIANO.—Señora, es una gente que tiene sentimientos de funeraria.

MILA.—¡Madre mía, qué espanto! ¡Ese canalla!... ¡En qué charca hedionda iba yo a caer!... ¡Asesinos!... ¡Ay don Cipriano, que yo me muero!

DON CIPRIANO.—Y para que sepa hasta dónde debe despreciar a esa gentuza, sólo le diré que vivían a costa de usted tan ricamente, y para mayor escarnio la llamaban... Pero no me atrevo...

MILA.—¡Sí, sí!... ¿Cómo..., cómo me llamaban?

DON CIPRIANO.—*(Con temor.)* ¡La..., la abuelita!

MILA.—¿A mí?... ¿A mí la abuelita?... Pero ¿por qué?...

DON CIPRIANO.—Guasones que son.

MILA.—¡Sí, porque por los años no será!

DON CIPRIANO.—Por afán de molestar. Ya sabe

usted lo que es esa gente plebeya, que cuando tiene uno sesenta años le llaman viejo.

MILA.—*(Con profunda amargura.)* Pero ¿es que yo soy una vieja, don Cipriano? *(Llorando.)* Dígame usted la verdad: ¿soy yo una vieja?

DON CIPRIANO.—*(Conmovido, aparte.)* ¡Pobre señora! *(Alto y con emoción.)* Viejo no es nadie, condesa. Viejos son los pesimistas, los malvados, los envidiosos, los tristes... Viejos son los jóvenes que hablan mal de los viejos, porque no pueden superarlos en fuerza creadora ni en alegría espiritual; viejo no es nadie, porque como cada día trae para nosotros una nueva ilusión, la vida se puede empezar a vivir cada mañana. Y si empieza usted a vivir cada mañana, ¿qué alumbrará el sol cuando salga sino almas niñas?... Niña aquélla, niña ésa, niña usted, niña yo...; digo, no; yo, no..., yo... *(Aparte.)* ¡Ay, que me he metido en un lío retórico! *(Alto.)* Pero nadie, condesa, nadie es viejo mientras es bueno... Por eso es usted joven, yo soy joven, ése es joven, aquél es joven... Aquí no hay más que jóvenes.

MILA.—No..., gracias por sus consuelos, don Cipriano; pero no llegó hasta ahí mi locura. Joven no me consideré jamás; pero vieja, enteramente vieja, tampoco. Siempre le advertí, bien cierto es, la diferencia de años; pero él me decía: «¡Qué tienen que ver los años! Una mujer que ama no tiene años, porque el amor da a todos los corazones una emoción alegre y alborozada que rejuvenece.» Y yo le oía encantada y crédula. Claro, esta existencia natural a aceptar los desastres de la edad cuando quiere una que la amen... Pero ahora me doy cuenta del escarnio que han hecho de mi vida... ¡Qué amargura! *(Llora.)*

DON CIPRIANO.—¡Por Dios, señora, no llore usted, que me...!

MILA.—Sí, sí... Ahora me doy cuenta de la tragedia grotesca que representamos cuando el cuerpo va poniendo en ridículo nuestros sentimientos. Amamos, y el amor, mientras no sale de nuestro corazón, siempre parece joven... Pero decir: «¡Te amo!...», con este cuerpo, con estas arrugas mal disimuladas,

con estas canas teñidas... Sí, sí.... ahora veo toda la burla que habré inspirado. *(Sigue llorando.)*

DON CIPRIANO.—Señora, no llore usted, que me conmuevo, y si cojo una perra me van a tener que impermeabilizar el pañuelo. No llore usted.

MILA.—Sí, sí... Déjeme usted que llore, porque lloro ya sin ira, sin rencor... Lloro con tristeza nada más. Cuando se pierde una ilusión a los veinte años, al día siguiente florece otra en nuestra juventud; pero la última ilusión de la vida, ¡es tan triste perderla!... ¡Porque ya no vendrá otra jamás, don Cipriano; no vendrá!

DON CIPRIANO.—Sí; pero, vamos, usted aún puede aspirar a...

MILA.—No, no... Yo tengo la culpa de cuanto me ha ocurrido. Bien claro lo veo ahora..., y con justicia me habrán llamado vieja verde, vieja ridícula, vieja estúpida...

DON CIPRIANO.—No le importe a usted, condesa; los calificativos siempre estamos a tiempo de desmentirlos. Seamos, si somos viejos, dulces, amables, indulgentes. Sepamos perdonar y nos amarán todos..., ¡hasta los mismos que nos ofendieron!

MILA.—*(Abrazándole.)* ¡Ay don Cipriano, parece mentira que sea usted registrador de la Propiedad con esa filosofía!

ESCENA VIII

DICHOS, GLORIA y Alfredo, por el foro.

GLORIA.—¡Tiene razón don Cipriano, mamá!

MILA.—¡Hija mía!

GLORIA.—Olvida y perdona.

MILA.—Y vosotros tenéis que perdonarme a mí, que tanto os he ofendido.

ALFREDO.—Y usted a nosotros, que le hemos causado un dolor que ni la razón disculpa.

GLORIA.—Y cree que si yo hubiera sabido que tu

error no te iba a producir ninguna amargura irreparable no te hubiera sacado de él.

MILA.—Más vale que me hayáis sacado vosotros, que me habéis sacado con amor, que me haya sacado la vida, que me habría sacado con crueldad.

ALFREDO.—Pero no esté usted triste, señora.

MILA.—¡Triste, no, Alfredo; pero me avergüenza el ridículo en que he caído, y antes que se sepa todo en Madrid, quiero huir de la gente, eludir las burlas, morirme en un rincón!

GLORIA.—Pero ¿por qué, mamá?

ALFREDO.—¿Por qué, señora?... En nadie es más disculpable este error que en usted, que nunca ha amado y a la que un bandido enloqueció con una ilusión que usted ansiaba y desconocía; porque el amor, el amor de toda nuestra vida, el del cuerpo y del alma, no puede eludirse .En usted ha llegado tarde, porque el mundo en que vive, frívolo y descreído, no la dejó amar cuando usted pudo amar, cuando debió amar.

ESCENA IX

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO.—*(Aparece por el foro. Habla asustado y balbuciente.)* ¡Se... se... señora condesa, seño... señorita Gloria!...

MILA.—¿Qué pasa?

GLORIA.—¿Qué le ocurre a usted?

CRIADO.—Es una cosa así, tan..., vamos, así, tan..., que yo no me atrevo a...

ALFREDO.—Pero ¿qué sucede?

CRIADO.—Pues que... yo no sé si debo; pero...

GLORIA.—Pero ¿qué?...

CRIADO.—¡Pues que me acaba de decir el portero que está ahí el..., el señorito Paco!

MILA.—*(Aterrada.)* ¡Jesús!... ¡El aquí!...

GLORIA.—¡Aquí ese canalla!... Bajen ustedes ahora mismo, y a puntapies...

DON CIPRIANO.—Un momento, señorita. Ese canalla ha venido porque yo le he mandado venir.

TODOS.—*(Sorprendidos.)* ¿Usted?...

DON CIPRIANO.—Yo. Yo he aconsejado a ustedes olvido y perdón para sus infamias; pero yo no puedo perdonarle. Los Crespos somos inflexibles: no perdonamos. Y como ustedes han podido sospechar que yo era cómplice de sus hediondas trapacerías...

TODOS.—No, no...

DON CIPRIANO.—Sí, sí... Y como yo quiero que quede en esta casa resplandeciente mi conducta y sin la más leve sombra de una infamante sospecha, le he mandado venir, y ahí está.

ALFREDO.—Pero ¿para qué le ha mandado usted venir?

DON CIPRIANO.—Para que se mate en el portal...

MILA.—*(Aterrada, como todos.)* ¡Ay, no, no!... ¡Qué espanto!

GLORIA.—¡No, no, por Dios!

ALFREDO.—¡No, hombre, de ninguna manera! *(Las tres frases, casi simultáneas.)*

DON CIPRIANO.—... para que se mate en el portal y pueda yo jurar a ustedes sobre su cadáver mi absoluta inocencia.

MILA.—¡Ay, no, no!

GLORIA.—Pero ¡si no hace falta!

ALFREDO.—Además, ¿para qué se va a matar aquí y complicarnos la vida, cuando tiene en la Moncloa unas magníficas alamedas solitarias que parecen hechas para eso?... De matarse, en la Moncloa; créame usted, don Cipriano.

DON CIPRIANO.—Es que yo necesito jurar ante ustedes...

ALFREDO.—No, hombre. El se mata en la Moncloa, usted jura allí lo que quiera y luego toma un «taxi», viene y nos lo cuenta.

DON CIPRIANO.—Pero ¿me creerán ustedes?

ALFREDO.—Sí, hombre; a pies juntillas...

GLORIA.—El caso es que ese hombre se vaya ahora mismo y para siempre de esta casa.

MILA.—¡Sí, sí..., por Dios!... Y que no se mate aquí ni en ninguna parte. Sería un escándalo y

una afrenta. Además, ya me ha matado a mí. ¿Qué falta hacen más víctimas? *(Llora.)*

GLORIA.—Vamos, vamos, mamá. No llores ni sufras más. No vale la pena. Vamos con tía Pepa. Y usted, señor Crespo, aleje de aquí a ese hombre. Se lo agradeceremos con toda el alma.

ALFREDO.—Sí; no podrá usted hacernos a todos favor más grande. *(Vanse los tres por la primera izquierda.)*

DON CIPRIANO.—*(Que queda solo.)* Está bien. Pero que ese hombre se suicida o lo suicido yo, eso..., eso es no viejo, cuaternario. ¡Ah botas mías! Si yo pudiera poner en vuestras punteras todo el veneno de los Borgias, ¿dónde se sentaría ese desgraciado que no le doliera?...

ESCENA X

DON CIPRIANO y PACO. Aparece PACO por el foro, asustadizo, temeroso, menos cuidado de estética y de indumentaria que en los actos anteriores. Habla en voz baja.

PACO.—¡Tío!

DON CIPRIANO.—¿Tú? Pero ¿cómo tú aquí arriba?

PACO.—He subido a matarme.

DON CIPRIANO.—Aquí no dejan.

PACO.—Pues vamos al portal.

DON CIPRIANO.—No me inspira confianza el portero. Hemos de ir a la Moncloa.

PACO.—¿Tan lejos?

DON CIPRIANO.—Si en el trayecto hubiera unos jardinillos que pudieran convenirte, una plazuela solitaria... Tú verás. Yo desconozco los lugares del Madrid suicida.

PACO.—Bueno. Vamos a la Cuesta de las Perdices.

DON CIPRIANO.—¿Allí hay sitios?

PACO.—Ya verá usted.

DON CIPRIANO.—Pues vamos.

PACO.—Pero antes, una palabra.

DON CIPRIANO.—Venga.

PACO.—Tío, yo soy un miserable.

DON CIPRIANO.—Te quedas corto.

PACO.—Y debo morir.

DON CIPRIANO.—Sin duda.

PACO.—Pero mis hijos no son responsables de mis infamias; y si voy a morir, ¿cómo los dejo yo, ¡pedazos de mis entrañas!, huérfanos, desvalidos, abandonados y en la miseria?... ¡No, no es posible!

DON CIPRIANO.—¿Y qué pretendes?

PACO.—Poco. Hable usted con esta señora... y pídale siquiera doce, catorce, dieciséis mil pesetas..., un ligero dispendio en socorro de unos huerfanitos para los que desde hoy el pavoroso fantasma de la miseria hará su mueca más trágica... Dígale usted a esa señora, cuyo corazón, lleno de bondad...

DON CIPRIANO.—¡Basta, Paco! Yo he hablado a estos señores de un tiro, no de un sablazo. No involucres el arma.

PACO.—Pero tío, unas cosas detrás de otras.

DON CIPRIANO.—¡No, que tú detrás de un sablazo das otro. Y eso, no, Paco. Conque no demores una resolución fatal e inevitable, que ponga un colofón justiciero a tu vida crapulosa y me deje a mí en el lugar que mi inmaculada honradez exige.

PACO.—¡Por Dios, tío!... Haga usted por mis hijos este último sacrificio. ¡Mila es una santa!... ¡Pídale usted dieciocho, veinte, veinticuatro, treinta mil pesetas!...

DON CIPRIANO.—Pero ¿crees tú que yo...?

PACO.—Treinta y cinco, cuarenta, cincuenta, sesenta mil pesetas...

DON CIPRIANO.—Para, Paco, que te veo camino de pedir el gordo de Navidad...

PACO.—¡Pídaselo usted, que es una santa!...

DON CIPRIANO.—Sí; pero pídele diez mil duros a Santa Rita, y verás dónde te manda!... ¡Conque no hay otra solución, Paco!... ¡A la Moncloa a pie y sin dinero!

PACO.—¡Pero tío!

DON CIPRIANO.—¡A la Moncloa!

ESCENA XI

DICHOS y ALFREDO; luego, GLORIA, por la primera izquierda.

ALFREDO.—No insista usted, don Cipriano; este señor no necesita ir tan lejos... Quizá un poco antes, sin salir de la calle de Ferraz, encuentre lugar más adecuado.

PACO.—¿Qué quiere usted decir?

ALFREDO.—Lo que digo. Y lo que añado es que para sus hijos no pida usted a nadie. Si usted no les da un poco de dignidad y decoro, ¿qué les van a dar los demás?

DON CIPRIANO.—Apúntate eso si llevas memorándum.

GLORIA.—¡Paco, no vuelvas a poner más los pies en esta casa!

PACO.—*(A Gloria.)* ¿Es tu última palabra?

GLORIA.—La última y la primera. Desde el día que te conocí no he dicho otra.

ALFREDO.—¡Aquí falló el negocio, amigo! ¡Conque a la calle!

PACO.—Está bien. No he sido comprendido, tío. Adiós. *(Vase por el foro.)*

DON CIPRIANO.—*(Desde la puerta.)* Paco, si conservas en tus venas una sola gota de la sangre honrada de los Crespos, que oiga yo una detonación ahora mismo en la acera de enfrente.

ALFREDO.—¡Déjelo usted! ¡Qué se va a matar ese tipo!

DON CIPRIANO.—¡Quién sabe!... ¡Al fn es un Crespo!... ¿Dónde estará mi mujer?... *(Vase por la segunda izquierda.)*

ESCENA XII

MILA y PEPA; luego, NELA, FINITA y MANOLO; después, BERENGUELA y QUIQUE y otra vez DON CIPRIANO.

MILA.—¿Lo ves, Pepa?... ¡Intentando el último sablazo!

PEPA.—Sí, era un canallita. No ha podido disimularlo.

FINITA.—*(Saliendo por la primera izquierda.)* ¡Mamá, mamá!

MILA.—¡Hija mía!...

FINITA.—Que Manolo viene a decirte una cosa.

MILA.—A ver, a ver...

MANOLO.—¿Les he dicho a ustedes lo bruto que soy?...

PEPA.—¡Ya lo creo!

MANOLO.—Bueno; ¡pues me caso con ésta!

MILA.—Pero ¿qué tienes en la cabeza?

MANOLO.—Siete Picos..., la última excursión. ¡Y me voy a gastar dos millones en la boda!

NELA.—¿Tanto?... ¡Como están ahora los tiempos!

MANOLO.—¡Me lo ahorro en árnica!... *(Salen Don Cipriano, el Marqués y Doña Berenguela por la segunda izquierda. Don Cipriano dice aparte al Marqués y en voz baja:)*

DON CIPRIANO.—¡No, no y no! Le he dicho a usted que con mi mujer bromitas de carácter gastronómico, no! Y ese «menú» que le recomendaba usted para la cena...

MARQUÉS.—Pero no tenga usted cuidado; si yo no ceno... No tomo más que una verdura.

DON CIPRIANO.—Pues a pastarla.

DOÑA BERENGUELA.—Pero ¿no me conoces, Cipriano?

DON CIPRIANO.—Sí; pero vámonos lejos de Madrid, a nuestro Registro... Ahora que no sin reiterar a estos señores mi sentimiento por la fechoría de un pa-

riente malvado... Es decir, pariente, pariente, no; porque si hubiera sido un Crespo, ya se hubiera oído hace rato una detonación justiciera en la acera de enfrente. *(Se oye una fuerte detonación en la calle. Quedan todos mudos de espanto, sobrecogidos de terror.)*

TODOS.—*(Al oír la detonación.)* ¡Ah!...

MILA.—¡Santo Dios!

GLORIA.—¡Un tiro!...

PEPA.—¡Jesús! *(Quique corre al balcón.)*

DON CIPRIANO.—*(Altivo y solemne.)* ¡Es un Crespo! ¡Es un Crespo!

MARQUÉS.—¡No, señor; es un Chrysler, que le ha estallado un neumático! ¡Nada más!

FIN DE
«¡LA CONDESA ESTÁ TRISTE!...»